

RAE

1. TIPO DE DOCUMENTO: Trabajo de grado para optar por el título de LICENCIADO EN FILOSOFÍA.

2. TÍTULO: La soledad del filósofo en *Así habló Zaratustra*.

3. AUTOR: Daniel Santiago Rodríguez Cardona.

4. LUGAR: Bogotá D.C.

5. FECHA: Abril de 2018.

6. PALABRAS CLAVES: Soledad, creación, ética, filosofía, valor.

7. DESCRIPCIÓN DEL TRABAJO: La intención de este trabajo es responder a la pregunta ¿qué valor tiene la soledad para el filósofo?, desde la perspectiva de Friedrich Nietzsche. El cuestionamiento surge en el marco de la reflexión entorno a la filosofía misma a través de la figura de Zaratustra, personaje principal de la obra *Así habló Zaratustra*, donde se hace un rastreo del valor y las condiciones de fortalecimiento que tienen la soledad para el filósofo.

8. LÍNEA DE INVESTIGACIÓN: Hermenéutica filosófica.

9. METODOLOGÍA: Interpretación hermenéutica y exégesis filosófica.

10. CONCLUSIONES: La soledad no es una finalidad en sí misma sino un medio a través del cual crear, esta creación tiene sobre todo un sentido ético.

La soledad se busca porque se tiene sed de conocimiento. Sin embargo se debe volver a los hombres porque esta sabiduría reboza y necesita ser expresada.

La filosofía es un regalo que se debate entre su amor y odio a los hombres.

LA SOLEDAD DEL FILÓSOFO EN ASÌ HABLÒ ZARATUSTRA

DANIEL SANTIAGO RODRÍGUEZ CARDONA

UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

BOGOTÁ D.C. - 2018

LA SOLEDAD DEL FILÓSOFO EN ASÌ HABLÒ ZARATUSTRA

DANIEL SANTIAGO RODRÌGUEZ CARDONA

Trabajo presentado como requisito para optar por el título profesional en Licenciatura en
Filosofía

Asesor: Julio Cesar Barrera

UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALEs

BOGOTA D.C. - 2018

Agradecimientos

A mi familia, el apoyo más grande e incondicional que tuve y tendré, en especial a mis padres, que se esforzaron por esto incluso más que yo. A todos los buenos profesores, que me recibieron en el mundo de la filosofía y me aseguraron no salir de él jamás. A las amistades que hice en el camino y que espero volverme a cruzar. A quien estuvo ahí, lo necesitara o no. A todo el que de alguna manera formo parte de esto, le agradezco infinitamente.

Contenido

Introducción.....	6
I: La soledad, la filosofía, la vida.....	9
1.1: Breve contextualización de la filosofía de Nietzsche.....	9
1.2: De la soledad en algunos filósofos.....	10
1.3: Rasgos de la soledad en Nietzsche.....	11
1.4: Formas de abordar la soledad en Nietzsche.....	20
1.5: La soledad y la actitud filosófica.....	26
II: Ética, soledad y creación.....	29
2.1: Amenazas de la soledad.....	29
2.2: Relación soledad-creación.....	34
2.3: Ética y creación.....	36
III: De la soledad a la alteridad en el filósofo.....	42
3.1: Zaratustra descendiendo de las montañas.....	42
3.2: El retorno a los hombres.....	45
3.3: El regalo de Zaratustra.....	50
IV. Conclusiones.....	52
Bibliografía.....	56
Bibliografía principal.....	56
Bibliografía secundaria.....	56

Introducción

La soledad es un tema recurrente en Nietzsche, quien en más de un pasaje de su obra, impele a los pensadores a alejarse del rebaño, a ser solitarios y a escudriñar en sí mismos. Se sabe también por distintas referencias de la vida de Nietzsche, su afición al aislamiento, su tendencia al ascetismo, la pasión de que gozaba al retirarse a las montañas a dar largas caminatas en soledad, reflexionando, organizando sus ideas, buscando paz. Por otra parte, a lo largo de la obra de Nietzsche existen numerosas referencias a la soledad como parte de la creación.

El aislamiento solía elevar el instinto filosófico de Nietzsche, hasta el punto en que, según sus propios relatos, tuvo experiencias a modo de epifanía, donde se le manifestaban claramente las ideas y era presa de arrebatos de inspiración, como aquel que le ayudó a concebir la idea del *eterno retorno*, a las orillas del lago Silvaplana, en Suiza, en agosto de 1881. Así mismo, *Así habló Zaratustra*, una de sus obras más reconocidas, contiene soberbias odas a la soledad, donde se la exalta y elogia, a través de un personaje que se destierra por voluntad propia, a buscar en el bosque lo que no encuentra entre los hombres.

En el *Ecce Homo*, haciendo un comentario sobre la que para él mismo es su mejor obra, es decir *Así hablo Zaratustra*, dice Nietzsche:

“Pero yo tengo necesidad de soledad; esto es, de curación, de retorno a mí mismo, del soplo de aire puro y ligero. Todo mi *Zaratustra* es un ditirambo a la soledad o, si se me ha comprendido, a la pureza... Pero no, por fortuna, a la “locura casta”. El que tenga ojos para los colores lo llamara diamante.

El disgusto de los hombres, de la “canalla”, fue siempre mi mayor peligro... ¿Queréis escuchar las palabras con que Zaratustra habla a su liberación del disgusto?” (Nietzsche, 1959, p. 238).

Siguiendo este pasaje, la soledad aparece como un componente fundamental para Nietzsche, tanto para la reflexión e introspección, como para la creación de su obra. Esto porque la soledad permite el enfrentarse a sí mismo, lo que abre la posibilidad a una meditación, que

alejada de cualquier interrupción exterior, faculta para la organización de ideas y la creación de obra filosófica. La soledad aparece no solamente por la necesidad de confrontarse a sí mismo, sino también por la necesidad apremiante que el autor siente de alejarse del rebaño. La soledad es pureza porque le permite alejarse del pueblo, que para Nietzsche, destaca por su vulgaridad, es decir, por no tener ningún rasgo de singularidad, por no ser más que lo común, donde ningún sujeto tiene nada especial o propio. La vida en masas ha desembocado en una extraña desaparición del individuo, que termina perdiendo su capacidad reflexiva, y esto, a largo plazo, converge en la desaparición de la capacidad creadora.

Es por ello que parece casi una exigencia el aislamiento para los pensadores. Nietzsche no se guarda nada al comentar el hastío que le produce el “populacho” y pone de manifiesto en Zaratustra, este particular personaje, la necesidad de soledad propia de los filósofos. Cuando Nietzsche nos pregunta: *¿Queréis escuchar las palabras con que Zaratustra habla a su liberación del disgusto?* (Nietzsche, 2003, p, 238), nos está invitando a escuchar las palabras con que el filósofo habla a su soledad.

Ahora bien, aunque Zaratustra suele acudir a las montañas a modo de exilio voluntario, también, en determinados momentos, siente la necesidad de retornar a las ciudades para compartir los resultados de sus cavilaciones, aun cuando muchas veces ante los hombres no encuentra más que rechazo y burla, constantemente vuelve hacia donde aquellos que le desprecian. En este sentido la relación del filósofo con los demás es paradójica.

Zaratustra dice al inicio de la obra: “¡Mira! Estoy hastiado de mi sabiduría como la abeja que ha recogido demasiada miel, tengo necesidad de manos que se extiendan” (Nietzsche, 2003, p, 238). Esta es otra forma de expresar esa curiosa necesidad que Zaratustra, el solitario, siente de bajar de las montañas a compartir con los hombres la miel de su sabiduría. De esta manera, nos encontramos frente a la soledad con dos cuestiones: la primera, que en la obra de Nietzsche, aparece como una exigencia para la reflexión y la creación, la soledad es el ambiente propicio para la más profunda meditación y para encaminar el pensamiento hacia la creación; la segunda cuestión es que a pesar de buscar la soledad, de anhelarla y requerirla, esta parece no tener sentido sin un retorno hacia la vida con otros, sin una experiencia de retorno a la convivencia, sin unas manos que se extiendan y disfruten de la obra que esta soledad propició, es decir, sin que el fruto de la soledad, la creación, sea dado a conocer.

Esta paradoja resulta más atractiva si tenemos en cuenta que proviene de un autor que hace énfasis en su tedio por “el rebaño” y todo aquello que la colectividad representa. Nietzsche reitera su desprecio por la debilidad, por lo mediocre, todo lo que abunda en el rebaño social, y sin embargo, al final parece decantarse por extender a todos el fruto de su soledad, así solo unos pocos quieran tomarlo. ¿Es necesaria la soledad para el filósofo? Si la respuesta es afirmativa, ¿Qué le da esta soledad al filósofo? ¿Por qué tendría que acabar esta soledad en algún momento? ¿En qué consiste esa transformación en el corazón de Zaratustra, que lo induce a bajar de las montañas?

Así pues el objetivo general de este trabajo es hacer un recorrido por *Así habló Zaratustra*, prestando especial atención a los pasajes en que mencione a la soledad. En primer lugar, para ver por qué la soledad es una característica del filósofo; en segundo lugar, para examinar de qué manera se relaciona la soledad con la creación, y, por último, en tercer lugar, para analizar de qué manera se relaciona esa soledad con los otros, a partir de la figura de Zaratustra descendiendo de las montañas, como el filósofo que después del retiro requiere manifestar su obra.

En este sentido se interroga a la obra de Nietzsche por tres aspectos de la soledad, el primero, sus características, haciendo énfasis en mostrar las implicaciones que permiten definir la soledad como parte fundamental de una actitud filosófica en Nietzsche. En segundo lugar se hace una reflexión por el sentido de la soledad, con la intención de analizar la manera en que Nietzsche presenta la soledad como condición de la creación y la reflexión. Finalmente, en tercer lugar, por la relación de la soledad y la vida con otros, teniendo en cuenta que la soledad desde Nietzsche tiene una marcada finalidad y es la creación, la idea es reflexionar cómo se relaciona y articula la soledad con el papel del filósofo en la sociedad, a partir de lo que surge desde la soledad en que delibera, observa y piensa.

I. LA SOLEDAD, LA FILOSOFÍA, LA VIDA

1.1: BREVE CONTEXTUALIZACIÓN DE LA FILOSOFÍA EN NIETZSCHE.

En el panorama de la historia del pensamiento Nietzsche destaca como una figura icónica y controversial. Es sin duda uno de los autores a quien peor se le ha recibido, siendo víctima constante de críticas infundadas y malas interpretaciones. Se lo ha asociado con el nazismo y otras ideologías de odio, que para un buen lector de la obra nietzscheana, no tienen nada que ver con ninguno de los postulados o con la forma de pensar de Nietzsche. El propio autor era consciente de la incomprensión que sobre su obra recaería, esta es una de las razones que lo llevo a afirmar que “algunos nacen de manera póstuma” (Nietzsche, 2007, p. 29), lo que quiere decir que algunos hombres tardan algunos siglos en ser comprendidos. Su obra se presta para múltiples interpretaciones, tal vez esta sea la razón de tantos malentendidos alrededor de la misma. Sin embargo, es también un autor valorado y reconocido, se conoce su riqueza temática, su aguda visión, su originalidad y la importancia de sus críticas a la tradición filosófica. Así pues, acercarse a Nietzsche implica estar abierto a una nueva mentalidad, sus postulados rompen de manera brusca con la tradición, es un autor que se caracteriza por su distanciamiento con la historia del pensamiento.

Existe un consentimiento general que plantea tres etapas en el pensamiento de Nietzsche. La primera etapa, la juvenil, se caracteriza por su marcada admiración hacia Wagner y Schopenhauer. Esta etapa comprende obras como *El origen de la tragedia en el espíritu de la música* (1872) y las reconocidas *Consideraciones intempestivas* (1873-1876). En la segunda etapa, donde van tomando mejor forma los planteamientos de Nietzsche, destacan obras como *Humano, demasiado humano* (1876-1880), *Gaya Scienza* (1882) y *Aurora* (1881). Finalmente, en la tercera etapa, que suele denominarse la etapa de “la voluntad de poder”, aparecen obras como *Así habló Zaratustra* (1883), *Más allá el bien y del mal* (1889) y *La genealogía de la moral* (1887), en las cuales se puede apreciar la madurez intelectual de Nietzsche. (Arenas, 2002, p. 1).

Sobre su obra, Giorgio Colli comenta: “Tales expresiones [sus escritos] tiene la apariencia de un conjunto multicolor, pero poseen una sustancia unitaria y compacta” (Colli, 1983, pp. 10-11). La principal preocupación de Nietzsche es la moral. Se puede plantear que este es su núcleo primordial y los demás tópicos que trata, siempre remiten de alguna u otra forma a

este aspecto. Respecto a esta temática dedica una extensa reflexión y aporta algunas de las ideas más originales que se han planteado sobre cuestiones como lo “bueno” y lo “malo”, o por qué pensamos que determinado comportamiento es virtuoso o perverso. Nietzsche encuentra alrededor de los conceptos morales, distintas construcciones sociales e históricas que terminan por determinar la manera en que valoramos algo bien sea como “bueno” o “malo”. Es por esta razón que en una de sus obras más importantes, *Más allá del bien y del mal*, en el aforismo 108, nos dice: “No existen fenómenos morales, sino sólo una interpretación moral de los fenómenos” (Nietzsche, 1975, p. 50). Lo anterior da una idea de los intereses filosóficos de Nietzsche; por lo demás, vale la pena destacar que alrededor de todos sus planteamientos existe un marcado deseo por evitar el dogmatismo, por superar las creencias estancadas en la tradición, alrededor de todo su pensamiento existe una notoria invitación a pensar.

Para los estudiosos, Nietzsche es una satisfacción y un serio problema. Heidegger opinaba sobre su frase “Dios ha muerto” que “ nombra el destino de dos milenios de historia occidental”. (Heidegger, 2010, p. 160), lo que le confiere sin duda una importancia suprema. Su originalidad lo ha marginado pero también lo eleva, su riqueza conceptual y sus atrevidas proposiciones lo posicionan en un lugar único dentro de la filosofía. El pensador que “filosofa a martillazos” se distingue por romper y despedazar a la tradición, pero también por intentar postular ideas frescas, ideas que no estén permeadas por lo dogmático y lo doctrinal, Nietzsche critica a la tradición pero al mismo tiempo nos invita a criticarlo y repensarlo a él.

1.2: DE LA SOLEDAD EN ALGUNOS FILÓSOFOS.

Así pues, la intención en este trabajo es adentrarse en la obra de este autor, fijando la mirada especialmente en *Así habló Zaratustra*, una obra que es fiel reflejo de la variedad temática de Nietzsche. El tema que se ha de trabajar es la soledad, una soledad que reluce por todo *Zaratustra* y que tiene una importancia suprema para Nietzsche y para los filósofos. Sin embargo, Nietzsche no ha sido el único que ha prestado atención a este aspecto en relación con la filosofía, en la historia del pensamiento nos encontramos con diversas referencias a la soledad como parte fundamental del ser filósofo, por lo que será necesario exponer a grandes rasgos en algunas líneas, lo que anteriormente se ha dicho respecto de esta temática, para

posteriormente resaltar aquello que hay de original en Nietzsche, en otras palabras, para poder hacer visible lo novedoso que aporta Nietzsche a la soledad.

La soledad está directamente relacionada con un modo de vida, estar solo o apartarse es necesariamente una decisión, es por eso que resulta natural que los autores que se refieran a este tema sean pensadores consagrados a la vida y a temáticas cercanas a las prácticas existenciales. Es así como en la antigüedad, por ejemplo, se encuentran varios pensadores con particulares opiniones respecto de la soledad. La mayoría de estos autores se expresan sobre ella muy a la manera de Zaratustra, por medio de enseñanzas o inclusive, a través de su propio estilo de vida. Es el caso de Pirrón de Elis, un autor reconocido por su actitud indiferente y su extravagante estilo de vida. Pierre Hadot, especialista en filosofía antigua comenta:

Su comportamiento es totalmente imprevisible. A veces se retira a una completa soledad, o también se va de viaje sin avisar a nadie, aceptando entonces como compañeros de camino y de conversación a las personas que encuentra por casualidad. En contra de toda prudencia, corre todo tipo de riesgos y peligros. Sigue hablando aunque sus oyentes se hayan ido. (Hadot, 1998, p. 126).

De esta manera se exalta a la soledad como parte de un comportamiento o inclusive, como parte de un estilo de vida. En los antiguos, como en Nietzsche, el pensamiento iba necesariamente ligado a la vida, pues es para esto que sirve la filosofía, para pensar la vida. Posteriormente Hadot dice:

Se contaba del propio Pirrón que buscaba la soledad y que dialogaba en voz alta consigo mismo, y cuando se le preguntó por qué se conducía así respondió: “Me ejercito en ser virtuoso”. Y se describía así a su discípulo Filón de Atenas: “Viviendo lejos de los hombres, en soledad, hablándose a sí mismo, sin preocupación por la gloria y las disputas”. A semejanza de la de Sócrates, de la de los cínicos, la filosofía de Pirrón es así, ante todo, una filosofía vivida, un ejercicio de transformación del modo de vida. (Hadot, 1998, p. 128).

Así es como la soledad se le presenta a Pirrón como un medio de alejarse de las preocupaciones comunes a los hombres y de *ejercitarse en ser virtuoso*. La soledad hace parte de las extravagancias en el comportamiento de Pirrón, un comportamiento que corresponde a una vida dedicada a la filosofía, donde difícilmente se distingue entre estas dos categorías.

Otro de los grandes autores que resalta fervientemente el valor de la soledad, es precisamente uno de los maestros de Nietzsche, Arthur Schopenhauer. Para el alemán la tendencia a la soledad era un síntoma de inteligencia, consideraba que la insociabilidad era lo propio de las mentes más brillantes y los espíritus superiores. Schopenhauer detestaba lo vulgar y lo común y, por tanto, detestaba los conglomerados, la vida en comunidad. En este caso la tendencia hacia la soledad surge más que de la necesidad misma de estar solo, de la necesidad de alejarse de lo ordinario y común: “En los hombres, como en los diamantes, solo los extraordinariamente grandes sirven para solitarios. Los ordinarios tienen que estar juntos y obrar sobre la masa” (Schopenhauer, 1982, p. 45). Schopenhauer también destaca lo absurdo de la necesidad que tienen los hombres de vivir con otros, ya que encontraba serias carencias emocionales en quienes no son capaces de soportarse y conocerse a sí mismos, dejando la responsabilidad de superar el tedio a las relaciones interpersonales.

Como se puede observar, existe cierta tendencia entre los pensadores hacia la soledad y el retiro. El filósofo chileno, Carrasco Pirard resalta esta disposición y comenta:

La idea de la retirada del filósofo es tan antigua como la filosofía misma y responde al distanciamiento propio de toda filosofía respecto al mundo establecido. Las noticias que tenemos de la retirada del filósofo datan de la época de los comienzos mismos de la filosofía. Por ejemplo “Heráclito cita una opinión de Clytos según la cual Thales habría llevado una vida retirada y solitaria” (Diógenes Laercio, Thales). Del propio Heráclito, Diógenes cuenta que “se hizo tan misántropo que se retiró a la soledad y se fue a vivir de hierbas y plantas a la montaña”. Solo se puede pensar desde fuera, saliendo de lo establecido. (Carrasco, 2002, pp. 61-62).

Sin embargo, no necesariamente hay una disposición natural entre los pensadores hacia el retiro o el aislamiento. El epicureísmo, una de las escuelas más importantes de la antigüedad, tenía una postura contraria ante la soledad. Si bien dentro de esta escuela no se aspira ni a los honores ni al reconocimiento, tampoco se acepta una soledad ni aislamiento total, debido a que se resalta el papel de la amistad y de la relación entre maestro y discípulo. Hadot comenta sobre esta escuela:

Estas prácticas y esta ascesis no se pueden practicar en la soledad. Al igual que la escuela platónica, la amistad es, en la escuela epicúrea, el medio, el camino

privilegiado para lograr la transformación de sí mismo. Maestros y discípulos se ayudan mutuamente y muy de cerca para lograr la curación de sus almas. (Hadot, 1998, pp. 138).

Se puede apreciar que dentro de esta escuela si bien no hay directamente un rechazo a la soledad, sí hay un distanciamiento respecto a esta, pues se resaltan más los valores de lo que se comparte.

Como se puede observar, hay posturas variadas respecto a la soledad, aun cuando suele haber una tendencia hacia esta entre los pensadores, debido a la tranquilidad que la soledad aporta, pues permite o propende hacia la reflexión. Sin embargo, no todos los autores buscan estar apartados por las mismas razones, algunos buscan más que encontrarse consigo mismos, alejarse de los demás, pues el resto de los hombres les resulta insoportable. Por otra parte, también hay quienes rechazan a la soledad pues consideran que en las relaciones personales hay más para aprender y recibir. Lo más importante a rescatar en este rastreo por algunas opiniones sobre la soledad, es lo estrechamente relacionada que esta se encuentra con la vida, con un modo de vida, y cómo resalta ésta incluso como parte de un apartamiento cuya intención es siempre de carácter filosófico.

1.3: RASGOS DE LA SOLEDAD EN NIETZSCHE.

La intención de esta parte es mostrar las características e implicaciones que permiten definir a la soledad como parte significativa de una actitud filosófica. Si de antemano aceptamos que el filósofo en cierta medida necesita de soledad, la pregunta a responder es ¿qué valor tiene la soledad para el filósofo?, y el propósito es hallar sustento a este interrogante en Nietzsche, en cuya obra constantemente se hace alusión a este modo de vivir apartado y reflexivo. Para llevar a cabo este propósito, se seguirá el siguiente orden argumentativo: en primer lugar, se planteará a la soledad en contraposición con la vida en el rebaño, intentando destacar la disparidad que surge entre estos dos modos de vivir, haciendo énfasis en las amenazas que tiene la vida en comunidad, las cuales son de alguna manera la motivación para buscar la soledad. En segundo lugar, se pasará a hablar de la soledad, tratando de abordar todas las tonalidades y matices propios de esta, que permiten hablar de ella tanto como una opción, como un modo de vida y, en el caso del filósofo, como necesidad. En este último momento de la soledad, se intentará

establecer una relación entre ella y la *actitud filosófica*, buscando demostrar que la soledad es un requerimiento para el pensador.

Pero antes de abordar el tema de la disparidad entre la soledad y la vida en el rebaño, es prudente hacer un breve acercamiento a Nietzsche, un autor que como ya se dijo, defendía a la soledad y la practicaba y especialmente a Zaratustra, el personaje principal de su obra, quien es un extravagante, un soñador, pero ante todo, un solitario. A través de la figura de Zaratustra y todo el libro, Nietzsche hace una oda a la soledad, la exalta y eleva. La intención en este trabajo es rastrear esta noción, la de soledad, en el libro *Así hablo Zaratustra*, pero para ello será necesario, en primer lugar, presentar una breve contextualización de esta obra.

Así hablo Zaratustra fue escrito entre 1883 y 1885. Es en palabras de Nietzsche su más grande obra, contiene todos sus planteamientos teóricos expuestos a partir de distintas formas poéticas y literarias. Está compuesta por distintos relatos y episodios sobre la vida de Zaratustra, un personaje un tanto particular en donde la crítica ha hallado parodias a su homónimo Zoroastro, Jesús, Buda y otros profetas. Esta obra resalta ante todo por su frescura y originalidad, es una particularidad absoluta en la filosofía, Nietzsche entremezcla su aguda capacidad reflexiva con un lirismo sin precedentes en la lengua alemana. Respecto a la originalidad de la obra, Sánchez Pascual comenta: “El carácter único este libro reside en que su pensar y su poetizar están más allá del pensar y poetizar de lo ya existente; son creaciones de un lenguaje para algo aún inexpresado y acaso inexpresable. Es un andar fuera de todo camino y, por tanto, un osar aventurarse en lo prohibido.” (Sánchez, 2003, p. 21). Así pues, esta obra resalta por su variedad temática, por las ideas nuevas y por la originalidad con que estas ideas son presentadas.

El eje temático de la obra pasa por cuatro núcleos principales, que a su vez, se desarrollan en cuatro partes de la obra, estos son: 1) el superhombre, 2) la muerte de Dios, 3) la voluntad de poder, 4) el eterno retorno (cf. Sánchez, 2003, pp. 20). Estos núcleos son desarrollados por Zaratustra bien sea hablando a los demás o a solas consigo mismo, no de todos los temas habla a todo el mundo, como resalta Sánchez Pascual en su estudio crítico: “esos pensamientos no los ofrece Zaratustra de manera indiscriminada. Por el contrario, del superhombre habla Zaratustra a todos, al pueblo reunido en el mercado. La muerte de Dios y la voluntad de poder son ideas que anuncia tan solo a unos pocos, a los que él llama sus discípulos, sus amigos. Y

del eterno retorno Zaratustra habla exclusivamente a sí mismo”. (Pascual, 2003, p. 20). Todos estos simbolismos, por pequeños que parezcan tienen una importancia suprema dentro de una obra donde cada detalle forma lo poético y remite a lo teórico.

Así habló Zaratustra es una obra que destaca tanto por su rigor filosófico como por su singular estética. El estilo es diáfano pero profundo y a través de intensos simbolismos, (como los que imprime en sus animales el águila y la serpiente), el autor procede a exponer sus más agudos planteamientos teóricos. Es común que Nietzsche utilice la anécdota como una de las formas más usuales de dejar una enseñanza, con un Zaratustra reflexionando a su peculiar manera sobre los sucesos que ve a su alrededor y que a él mismo le pasan, demostrando así la estrecha relación que el autor establece entre la vida y la filosofía. Es siguiendo esta idea, la de que la filosofía es el resultado de la vida y debe servir para la misma, que aparece la posibilidad de proponer formas de vida que sean proclives al filósofo. No se trata aquí de pretender establecer estamentos que reglamenten lo que debe o no hacer un filósofo con su vida, o de lo que debería hacerse para llevar una vida de filósofo, sino más bien, se trata de pensar algunas maneras de vivir que favorezcan una *actitud filosófica*, y es ahí donde aparece la soledad.

Ahora bien, la soledad es una decisión, simboliza la lucha interna, el hombre enfrentado a sí mismo, representa al *individuo* confrontándose con el mundo, poniéndole la cara. Si se dice que es una elección es porque también hay siempre otra posibilidad: pertenecer al rebaño. La vida junto a otros hombres, la convivencia, la civilización, las estructuras sociales y todo lo que esto conlleva, es el modo “natural” de vivir que se nos ha enseñado. Sin embargo, aunque sea muy difícil negar cierta necesidad que tiene el hombre de compartir con sus semejantes, también es innegable que pertenecer a una sociedad o a una colectividad en términos políticos, siempre trae consecuencias que van en detrimento del individuo y su particularidad, es por eso que la soledad aparece como una posibilidad y para quienes buscan la reflexión, casi como una necesidad. En *Ecce Homo* nos dice Nietzsche:

“Pero yo tengo necesidad de soledad; esto es, de curación, de retorno a mí mismo, del soplo de aire puro y ligero. Todo mi *Zaratustra* es un ditirambo a la soledad o, si se me ha comprendido, a la pureza...” (Nietzsche, 1959, p. 238).

Releyendo este pasaje, la soledad aparece como un componente fundamental para Nietzsche, tanto para la reflexión e introspección, como para la creación de su obra, esto, porque la

soledad permite el enfrentarse a sí mismo, lo que abre la posibilidad a una meditación, que alejada de cualquier interrupción exterior, faculta para la organización de ideas y la creación de obra filosófica. La soledad aparece no solamente por la necesidad de confrontarse a sí mismo, sino también por la necesidad apremiante que se siente de alejarse del rebaño, un rebaño que no es *puro*, esto porque cuando un individuo crece dentro de determinado contexto, aprende los juicios de valor que son propios de su país, cultura, familia, etc. El propio Zarathustra nos dice:

“[...] Cada pueblo habla su lengua propia del bien y del mal. [...] Cada pueblo se ha inventado su lenguaje propio en costumbres y derechos. Pero el Estado miente en todas las lenguas del bien y del mal.” (Nietzsche, 2003, pp. 86-87).

La sociedad se preocupa honestamente por decirnos qué podemos hacer y qué no está permitido, la educación se encarga de mostrarnos desde la infancia nuestros límites, es esta una cuestión que salta a la vista y que sin embargo, mucho tiempo pasó desapercibida. La sociedad nos impone unos juicios de valor, nos normaliza, nos indica cómo vivir y nos recuerda constantemente que aquello que no está en el orden de lo establecido, está destinado a perecer. Nietzsche nos parece hoy tan brillante porque allí donde otros veían máximas universales, él vio construcciones sociales y culturales, luchas de poder y prácticas establecidas que minaron en los hombres históricamente, imponiendo prejuicios.

A este aspecto nos dice Carrasco:

Se opone de este modo, lo gregario, la vida con los otros, al encuentro consigo mismo en la soledad. Para Nietzsche, todo camino hacia la radicalidad de la mirada, hacia la forma suprema de conocimiento, es necesariamente un apartamiento de la sociedad. La libertad lleva consigo necesariamente a la soledad, y a la inversa, toda sociabilidad significa una renuncia a sí mismo y un sometimiento a la regla que no nace de la interioridad del individuo. (Carrasco, 2002, p. 87).

De esta manera aparece un primer peligro o un aspecto de la vida en el rebaño, que va en detrimento de la singularidad. Este se puede resumir como la imposición de formas de vida y formas de pensar, que terminan produciendo una homogenización en la masa. Por otra parte, además de los prejuicios que la sociedad implanta, hay otro gran peligro que trae consigo la vida en el rebaño. Existe otro riesgo que propende al hombre hacia la mediocridad, hacia la

falta de criterio propio. Zaratustra denuncia constantemente la amenaza que se esconde tras el *amor al prójimo*, pues supuestos valores como la fraternidad, la solidaridad y la tolerancia, no hacen más que encubrir defectos y carencias propias, a través de los otros:

“Vosotros os apretujáis alrededor del prójimo y tenéis hermosas palabras para expresar ese vuestro apretujaros. Pero yo os digo: vuestro amor al prójimo es vuestro mal amor a vosotros mismos. Cuando huis hacia el prójimo huis de vosotros mismos, y quisieras hacer de eso una virtud.” (Nietzsche, 2003, p. 102).

Nietzsche denuncia constantemente que tras el amor al prójimo se esconde un latente temor, una aversión y un desconocimiento hacia sí mismo, que se disfraza muchas veces de caridad, compasión, tolerancia y complacencia hacia los otros. Nietzsche ve en las actitudes altruistas una ignorancia y un descuido de sí, un terror encarnado que representa la incompreensión hacia sí mismo. En el pasaje “Del amor al prójimo” Zaratustra nos habla sobre la forma en que intentamos redimirnos de nosotros mismos por medio del amor al prójimo:

“[...] vuestro amor al prójimo es vuestro mal amor a vosotros mismos. Cuando huis hacia el prójimo, huis de vosotros mismos, y quisierais hacer de eso una virtud [...] no conseguís soportaros a vosotros mismos y no os amáis bastante: por eso queréis seducir al prójimo a que ame.” (Nietzsche, 2003, pp. 102-103).

Así pues, Nietzsche nos impulsa a desatender el amor al prójimo porque estar con alguien, vivir en la aglomeración, suele ser un modo de evadirse de sí mismo, el hombre busca en el prójimo ocultarse de sí mismo: “Invitáis un testigo cuando queréis hablar bien de vosotros mismos; y una vez que lo habéis seducido a pensar bien de vosotros, también vosotros mismos pensáis bien de vosotros”. (Nietzsche, 2003, p. 102). Zaratustra nos dice constantemente que el amor hacia el prójimo es un error en tanto sea una huida de sí mismo, es decir, mientras represente una forma de sustraerse a una serie de vacíos. Desde esta perspectiva cobra sentido otra sentencia escrita en el mismo pasaje: “<<El trato con hombres estropea el carácter, especialmente si no se tiene ninguno>>” (Nietzsche, 2003, p. 102). De esta manera, el hombre que se entrega al amor hacia el prójimo es un hombre que termina siempre por desconocerse a sí mismo, pues encubre sus limitaciones y su falta de amor propio, en el vínculo ilusorio con otros seres, carece de la capacidad de confrontarse a sí mismo y disfraza aquello que no le

agrada de sí, a través de complacencias con los demás. Como esta, hay muchas más actitudes y modos de ser que se difunden en la vida dentro del rebaño. En suma Zaratustra nos dice: “Yo quisiera que no soportaseis a ninguna clase de prójimo ni a sus vecinos; así tendrías que crear, sacándolo de vosotros mismos.” (Nietzsche, 2003, p. 103).

El amor al prójimo, el mal amor al prójimo, representa una huida de sí mismo hacia los otros. El hombre teme a sí mismo y oculta esto a través de nexos y relaciones engañosas, donde encubre sus propias carencias y vacíos. Cuando un hombre no se ama a sí mismo, busca que otros lo amen, busca en otros el afecto que él mismo no es capaz de darse, y tras la seducción del prójimo, el hombre se regocija y valora más, ve en la opinión que tienen los demás su propio atractivo e importancia. Es por esto que para ser valorado o valorarse a sí mismo, el hombre del rebaño terminará por hacer aquello que le dicen que vale, perderá su criterio propio. Así pues, el segundo riesgo que aparece en la vida dentro del rebaño, es la incapacidad de conocerse, aceptarse y amarse a sí mismo y la posibilidad de encubrir esto por medio de la convivencia y algunos falsos valores fraternales, como la tolerancia o la solidaridad, que sirven para disfrazar debilidades, insuficiencias y vacíos de manera hipócrita.

Vivir en el rebaño, inscribirse a una colectividad, representa siempre una pérdida para el individuo y a la larga, esto termina por minar en el temperamento. Una de las mayores preocupaciones de Nietzsche respecto del rebaño es precisamente lo difícil que es que exista una afinidad entre la opinión pública y el criterio personal. Esto desemboca siempre en una pérdida de la capacidad reflexiva individual, que tiene como consecuencia una ausencia del discernimiento personal. El individuo es absorbido por el rebaño y su propia opinión se ve reducida y limitada. Este es el tercer riesgo que surge desde la vida con otros. A propósito de los impedimentos que trae la vida colectiva para el criterio propio, la profesora Elena Najera de la Universidad de Alicante, hace una reflexión acerca del silencio desde dos autores, Nietzsche y el escritor norteamericano Henry David Thoreau. Najera intenta deliberar acerca del silencio como un recurso del individuo frente a la sociedad, de esta manera, sitúa a estos dos autores en un punto común y es su antipatía hacia la mediocridad colectiva. Sobre la opinión pública, ambos autores tienen las mismas reservas y temores: temen que anule la capacidad de reflexión individual. Por tanto, respecto de la prensa, el medio masivo que dominaba en la época de estos autores, hay un desprecio latente y una denuncia:

Nietzsche identifica literalmente la opinión pública con la pereza privada, es decir, con la renuncia a tener un criterio propio. A su juicio, la prensa y su lectura generalizada desactiva la tensión del espíritu, la posibilidad del librepensamiento que ha de ser la seña de los buenos europeos y su defensa contra los discursos nacionalistas que han tomado la palabra en el viejo continente. Fiel a ellos, el estilo periodístico se consolida como el lenguaje característico del estado moderno y, a la altura de la mediocridad que éste amasa, solo sirve a intereses políticos puntuales y a las modas que sacuden la ciudadanía. Por ello, el potencial artístico de las palabras se pierde, se malgasta dando voz a las inercias gregarias que definen la vida común. (Najera, 2016, p. 57).

Seguir la opinión pública implica una pérdida del discernimiento propio, esto debido a que los medios de comunicación masivos propios del rebaño imponen puntos de vista a modos de criterio, que parcializan la visión de las cosas. Para nadie es un secreto que el dominio de la opinión pública implica poder y que los encargados de dar la información son arbitrarios y siguen sus propios intereses. Por tanto, quien sigue los dictámenes de la opinión, deja de lado su propia visión de las cosas y se encierra en juicios fragmentarios o manipulados. Por otra parte, hay en la opinión pública un entramado que define lo que es correcto y lo que no lo es, de acuerdo con lo que es dictado por quienes manejan la información. Se trafica con las ideologías, estas son constantemente puestas en juego, de manera que para cada sociedad se determinan modos adecuados de pensar y se sancionan y excluyen las ideas que van en contra de lo impuesto o que sobrepasan la lógica establecida. Esto se refleja a escala social, donde quien no sigue los patrones de pensamiento y comportamiento se ve rechazado y apartado.

De esta manera, hasta este punto, se ha hecho una exposición de lo que implica la vida dentro del rebaño, desde donde se rescata que la comunidad con los otros trae consigo graves amenazas, que se ocultan tras supuestos valores altruistas y caritativos. La vida en el rebaño implica en primer lugar la adquisición de una serie de prejuicios que nos arropan y muchas veces, nos impiden ver las cosas más allá de cómo nos las enseñaron, es decir, la vida en el rebaño nos limita y restringe. En segundo lugar, vivir en comunidad sirve para encubrir ausencias propias a través del prójimo. Esto porque el hombre en sociedad se vuelve cómodo y holgado, olvidando el menester de conocerse y crearse a sí mismo, por lo que fundamentado en una hermandad y una solidaridad hipócritas, esconde carencias como la falta de autoestima, de criterio o de amor

propio, e incluso, esconde sus propias debilidades, respaldándolas en los demás. En tercer lugar, la vida en el rebaño trae como consecuencia la pérdida del discernimiento personal, esto debido a que en las comunidades se genera una opinión pública, que es la encargada de medir y definir las pautas, de aquello que es válido o no. Conciliar la opinión personal con la del resto es un reto casi imposible, que termina por minar en la capacidad reflexiva individual, acabando por ceder esta ante la presión. Es por eso que para Nietzsche, los hombres del rebaño, quienes pertenecen a las masas, la gente del común, son seres mediocres y banales, que no valen por sí mismos y no son más que calcos de lo que la sociedad pretende, es por eso que para Nietzsche estos seres resultan insoportables, pues están lejos del conocimiento y de la sabiduría. A propósito de esto Carrasco dice:

Esta oposición entre lo colectivo y lo individual es un asunto de primera importancia para comprender a Nietzsche. Aquí, toda sabiduría es un ver creador, autónomo, libre, independiente, en contraposición con las ideas adquiridas, que se comparten y que representan lo ya establecido como territorio vivible, campo ya desbrozado por donde transita el hombre social. La sabiduría consiste en apartarse de este espacio, para acceder, a través de un largo y doloroso proceso, a la mirada propia, que necesariamente va a contraponerse con lo ya establecido. Así, hay una necesaria contradicción entre lo social y lo filosófico. (Carrasco, 2002, p. 64).

Hasta el momento se ha evidenciado que existen diferentes amenazas para la individualidad en la vida en el rebaño. Todas estas razones pueden motivar a una persona a buscar la soledad, a permitirse la posibilidad de escapar del rebaño con rumbo hacia sí mismo. A partir de ahora se pasará a hablar de la soledad propiamente, buscando abordar todos los matices de esta noción, que no se agotan solamente en la pretensión de huir del rebaño y su mediocridad.

1.4: FORMAS DE ABORDAR LA SOLEDAD EN NIETZSCHE.

La soledad tiene distintas maneras de abordarse y diferentes formas de manifestarse, sin embargo, todas convergen y se relacionan entre sí. A partir de la obra de Nietzsche se identifica a la soledad a partir de tres rasgos fundamentales. En primer lugar, como opción, entendiendo que la soledad es la posibilidad de alejarse del rebaño y la mediocridad que en este abunda. En segundo lugar, se puede hablar de la soledad como un modo de vida, esto porque escoger vivir en soledad tiene profundas implicaciones en la vida de quien lo decide. En tercer lugar, la

soledad, para los filósofos y pensadores, aparece como una necesidad, debido a que las actividades y el oficio intelectual que desarrollan quienes se dedican a la reflexión, requiere indispensablemente del ensimismamiento y el aislamiento. Así pues, se procederá a exponer la soledad en cada uno de estos momentos.

En primer lugar, la soledad sería una posibilidad, una opción que se opone a la vida en el rebaño. Quien elige la soledad y apartarse de los otros, está buscando una oportunidad de conservar o bien de buscar aquella singularidad que conlleva ser un individuo de carne y hueso, preso de pasiones y arrebatos, de impulsos y pensamientos. Escoger la soledad vendría a ser un escape, la posibilidad de ver las cosas distintas, de separarse por un momento de las perspectivas impuestas. Zaratustra nos habla sobre esta posibilidad:

“¿Quieres marchar, hermano mío, a la soledad? ¿Quieres buscar el camino que te lleva a ti mismo? Detente un poco y escúchame.

<<El que busca, fácilmente se pierde a sí mismo. Todo irse a la soledad es culpa>>: así habla el rebaño. Y tú has formado parte del rebaño durante mucho tiempo.”
(Nietzsche, 2003, p. 105).

Es común ver en los individuos una tendencia al aislamiento en momentos en que la reflexión se presenta como imprescindible. La opinión del resto siempre va a estar en conflicto con nuestros más profundos deseos, pues de alguna manera siempre ansiamos algo en lo que la sociedad nos limita. La soledad es una oportunidad en el sentido en que permite al hombre apartarse, escapar de la presión para despreocuparse así sea momentáneamente, de los cuidados comunes de la vida diaria, de las obligaciones y los deberes, con el fin, en la mayoría de los casos, de examinar el estado actual de nuestras vidas y nuestra conciencia.

En segundo lugar, la soledad aparece como un modo de vivir. Como se puede apreciar, la soledad es un camino que pocos frecuentan. Existe una dificultad latente en apartarse, dificultad que va más allá de cubrir las necesidades básicas, las cuales son más llevaderas en la vida colectiva. Vivir en soledad implica *aislamiento*, conlleva *recogimiento*, supone *un enfrentamiento consigo mismo*. La soledad requiere pasar por duras pruebas, que realmente, nadie que no las haya enfrentado, logra dimensionarse. ¿Qué implica estar aislado? Estar aparte de otros, separado del resto, tiene una hondura que es inconcebible, sobre todo si se piensa en

las consecuencias que tiene el contacto humano y las relaciones sociales. Nietzsche ilustra esta dificultad en el pasaje de Zarathustra “*Del camino del creador*”, donde dice:

“Más alguna vez la soledad te fatigará, alguna vez tu orgullo se curvara y tu valor rechinara los dientes. Alguna vez gritaras << ¡estoy solo! >>.

Alguna vez dejarás de ver tu altura y contemplaras demasiado cerca tu bajeza; tu sublimidad misma te aterrorizara como un fantasma. Alguna vez gritaras << ¡todo es falso! >>.

Hay sentimientos que quieren matar al solitario; ¡si no lo consiguen, ellos mismos tienen que morir entonces! Mas ¿eres tú capaz de ser asesino?” (Nietzsche, 2003, p. 105).

Nietzsche advierte de ciertos peligros y dificultades que trae consigo la vida en soledad. Nos dice de sentimientos que quieren matar al solitario y advierte que para poder seguir siendo uno, habrá que convertirse en asesino y matar aquellos sentimientos que van en contra de esta postura ante la vida. Estos sentimientos son los resquicios que quedan de la vida con los otros, de la comodidad a que nos habíamos acostumbrado y que seguramente habrán plantado en nosotros algunas formas de ser mediocres que tendrán que ser superadas. Además de la falta de criterio que conlleva la vida en el rebaño, vivir con otros también se ha convertido en una forma de encubrir vacíos propios, de evitar el conocimiento de uno mismo y de huir de cuestiones personales que merecen ser confrontadas. Es respecto a la superación de todos estos asuntos que representa una gran dificultad la vida apartada, pues todo lo que representaba un peligro hacia la individualidad desde la vida en el rebaño, como la falta de amor propio o la carencia de un criterio personal, en la soledad, se convierte en una prueba por superar, en un reto, una dificultad que el solitario debe afrontar.

La añoranza de la comodidad de la vida anterior a la soledad, sumada al enfrentamiento ante vacíos y dilemas propios, pueden suscitar en el solitario sentimientos que querrán impelerlo a abandonarse a sí mismo y a la ruta apartada que había escogido. Es por esto que vivir en soledad es sinónimo de enfrentamiento consigo mismo. Nadie se conoce lo suficiente hasta que no se prueba en distintas condiciones, hasta que no se sincera frente a sus pasiones, las evalúa y

las comprende. Vivir en soledad, apartarse del rebaño, es en primer lugar enfrentarse solo al mundo, pero también es enfrentarse a sí mismo, conocerse a sí mismo.

La soledad es un modo de vida, algo que se escoge, y que puede llevarse a cabo incluso dentro del rebaño, practicando el aislamiento y reflexionando ensimismado. También se puede interpretar la soledad a la manera de Zaratustra, que se retira continuamente a las montañas en busca de meditación. Ahora bien, sobre este punto surge el tercer momento de la soledad: como necesidad. La soledad es una posibilidad como ya se había dicho, pero en el caso de los pensadores, que tienen como principal oficio la reflexión y la búsqueda de conocimiento, esta posibilidad se convierte más bien en algo necesario. Ya lo había mencionado Nietzsche en el *Ecce Homo*, refiriéndose a su *Zaratustra*: “Pero yo tengo necesidad de soledad; esto es, de curación, de retorno a mí mismo, del soplo de aire puro y ligero” (Nietzsche, 1959, p. 238). Nietzsche, el filósofo, necesita de la soledad porque la trae *pureza*, la soledad es para Nietzsche *curación*, la necesita si es que quiere escapar de todo aquello que lo abruma.

¿Qué motivos llevan a afirmar que la soledad es para el filósofo, más que una posibilidad, una necesidad, casi que un requerimiento? En un primer momento, la soledad surge como el camino a seguir para adquirir y conservar un criterio propio. El problema del rebaño es que este es cómodo y holgado, no solamente impone sus opiniones, sino que con el tiempo anula la capacidad reflexiva individual. Quien está inscrito a una colectividad, suele también estar inscrito a su ideología y, a la larga, es el rebaño quien piensa por los individuos, se homogeniza el discernimiento. Esto desde un comienzo denota la necesidad del filósofo por apartarse, pues si este desea que su reflexión sea honesta, sea propia, requiere de un ensimismamiento que lo lleve a pensar de manera personal, requiere alejarse de lo impuesto en busca de respuestas personales. Es por ello que Zaratustra invita a la soledad:

“¡Huye, amigo mío, a tu soledad! Ensordecido te veo por el ruido de los grandes hombres, y acibillado por los agujijones de los pequeños.

El bosque y la roca saben callar dignamente contigo. Vuelve a ser igual al árbol al que amas, el árbol de amplias ramas: silencioso y atento pende sobre el mar.” (Nietzsche, 2003, p. 190).

Zaratustra en este pasaje no habla a todos los hombres, habla directamente a aquellos que se ven hastiados por la muchedumbre, habla a aquellos hombres que se buscan a sí mismos y pretenden hacer su propia libertad. Zaratustra invita a estos hombres a que busquen la soledad, les recuerda lo necesaria que es esta para sus propósitos.

De esta manera se han esbozado en líneas generales tres formas de manifestarse de la soledad. Se la ha planteado como la posibilidad de alejarse del rebaño, de lo mediocre y lo homogéneo. También se ha dicho que es también un modo de vivir, pues escoger la soledad es en cierto sentido, escoger un modo de vida. Por último, se ha dicho que por las características anteriormente mencionadas, la soledad es el ambiente propicio para las ideas, por lo que para los pensadores y filósofos, la soledad es una necesidad, pues a partir del distanciamiento de las imposiciones y los prejuicios, se crea un entorno más limpio y adecuado para la reflexión. Sin embargo, Nietzsche concibe en la soledad profundas implicaciones, por lo que reitera asiduamente que debe haber una finalidad más honda que el simple apartamiento de la mediocridad o el examen de la conciencia. Zaratustra en el pasaje “*Del camino de los creadores*”, nos dice:

“¡Ay, existe tanta ansia de elevarse! ¡Existen tantas convulsiones de los ambiciosos!
¡Muéstrame que tú no eres un ansioso ni un ambicioso!

[...]¿Libre te llamas a ti mismo? Quiero oír tu pensamiento dominante, y no que has escapado de un yugo.

¿Eres tu alguien al que le sea *lícito* escapar de un yugo? Más de uno hay que arrojó de sí su último valor al arrojar su servidumbre.

¿Libre de qué? ¡Qué importa eso a Zaratustra! Tus ojos deben anunciar con claridad:
¿libre para qué?” (Nietzsche, 2003, p. 105-106).

Estas líneas denotan el propósito que Zaratustra exige para quienes busquen la soledad. Pero ¿a qué finalidad puede referirse? En este punto aparece la gran interpretación que da Nietzsche a la soledad, haciéndola fundamental dentro de su obra y pensamiento.

“Pero ¿tú quieres recorrer el camino de tu tribulación, que es el camino hacia ti mismo? ¡Muéstrame entonces tu derecho y tu fuerza para hacerlo!

¿Eres tu una nueva fuerza y un nuevo derecho? ¿Una rueda que se mueve por si misma? ¿Puedes forzar incluso a las estrellas a que giren a tu alrededor?” (Nietzsche, 2003, p. 105).

Nietzsche exige a quienes se remitan a la soledad que esta sea un pretexto para la *creación*. Este es el núcleo central de la soledad, la finalidad que le otorga y el fruto por el cual la aclama y ovaciona. La soledad por el simple hecho del retiro o el aislamiento le parece a Nietzsche un desperdicio, pues debe tener una finalidad profunda. Ahora bien, la creación en Nietzsche posee dos sentidos que posteriormente tendrán que ser ampliados, pero que por el momento, vale la pena mencionar, para ir desarrollando la comprensión sobre este tema. La creación tiene en primer lugar un sentido extenso, en el sentido en que abarca todo tipo obra: este es el campo de la creación tanto artística como intelectual, así pues, la soledad es el medio adecuado para la inspiración y la reflexión, aspectos fundamentales para la invención e innovación ya sea desde la producción intelectual o el arte. En segundo lugar, la creación tiene un sentido más estricto y más apegado a las inclinaciones de Nietzsche. Como se sabe, nuestro autor destaca en la historia del pensamiento por profundizar en el campo de la ética, donde tuvo sus mayores preocupaciones. Por eso es normal que se interese en la *creación de valores*, cuestión que resulta fundamental para un pensador que constantemente induce a la invención de una visión propia del mundo que surja a partir de la forma en que valoramos moralmente las cosas. Como ya se dijo, esta cuestión es esencial para este trabajo, por lo que posteriormente se abordara y ampliara.

La soledad requiere de aislamiento, de un apartarse de los otros con la intención de encontrarse consigo mismo, la soledad es recogimiento y confrontación personal, un apartamiento temporal de todos los cuidados generales de la vida diaria, un distanciamiento de los trabajos y preocupaciones propios del régimen común de los días, con la intención de examinarnos a nosotros mismos, nuestros pensamientos, nuestras pasiones, nuestra voluntad. Pero como se ha venido reiterando, la soledad no debe tener una finalidad tan corta. Debe ser también la propulsora de la creación y es en este punto donde radica su mayor importancia. Es por todo esto que la soledad vuelca la vida del solitario, pues le otorga una finalidad, una meta, le impone una serie de pruebas que lo sitúan de una manera distinta frente a la vida. Es por esta razón que Zarathustra nos pregunta en tono altanero: “¿Libre de qué? ¡Qué importa eso a

Zaratustra! Tus ojos deben anunciar con claridad: ¿libre para qué?” (Nietzsche, 2003, pp. 105-106). Libre para crear, tendría que ser la respuesta.

1.5: LA SOLEDAD Y LA ACTITUD FILOSOFICA.

Continuando con el tema de las distintas maneras en que se manifiesta la soledad, de acuerdo con lo hasta ahora planteado, se puede afirmar que ésta tiene ciertas características, que pueden conducir hacia una *actitud filosófica*. Esta actitud filosófica estaría en total contraposición con la pasividad de pensamiento impuesta por la vida colectiva. Si lo común entre quienes viven en el rebaño es la falta de criterio, la ausencia de amor propio, la pereza del pensamiento y la pasividad en la actitud, se puede plantear que la vida del solitario está en antagonismo con estos aspectos, pues busca desarrollar sus propias ideas y formas de ver el mundo, busca conocerse y aceptar sus limitaciones, busca crear, innovar, romper con las ataduras, en fin, tiene una *actitud* activa respecto de los problemas e inquietudes que hay en su vida, tiene una actitud que podemos denominar, actitud filosófica. Esta actitud tiene como principal finalidad la creación, es por ello que busca la soledad: “Yo quisiera que no soportaseis a ninguna clase de prójimo ni a sus vecinos; así tendrías que crear, sacándolo de vosotros mismos.” (Nietzsche, 2003, p. 103).

Sobre este punto surge el cuestionamiento ¿qué significa tener una *actitud filosófica*? Y en este sentido, ¿por qué la soledad propicia de alguna manera esta actitud? Así pues, hay que decir en primer lugar que actitud significa tener cierta disposición hacia algo, es en cierto sentido, tomar una postura. De esta manera alguien se puede situar frente a la vida en una actitud pesimista, una actitud indiferente, una actitud emprendedora, etc., y esto definirá la conducta y el ánimo con que cada persona afronte cada situación. Entonces, tener una actitud filosófica es tener una disposición filosófica ante la vida. Esta disposición cuenta con un primer rasgo que salta a la vista y que está en contraposición con la actitud que comúnmente suele definir a los hombres del rebaño, la cual llamaremos actitud inactiva o pasiva. La actitud filosófica sería pues un carácter dinámico, que va en contra de la apatía de pensamiento, de la falta de postura frente al conocimiento. La impasibilidad propia del rebaño, se vuelca en la actitud filosófica, hacia una actividad enérgica, que propone, cuestiona, ahonda.

Intentar definir la filosofía, por otra parte, es una tarea muy superior a las intenciones de este trabajo; sin embargo, hay varios conceptos que suelen ser un punto común entre quienes intentan llevar su vida de modo filosófico. La duda encarnada en Descartes o el asombro que postula Platón en su *Teeteto*, son características que muy bien pueden atribuirse a esta idea un poco abstracta de la actitud filosófica. Sin embargo, desde esta postura, teniendo en cuenta que la fuente principal para esta investigación es la filosofía de Nietzsche, la actitud filosófica se equipara con una actitud *creadora*. Esta es la fuerza que motiva a la soledad y que permite definir a esta como un modo propicio para la actitud filosófica, la creación es la finalidad del apartamiento. Así pues el sentido de *actitud filosófica* en este trabajo, está apegado a la idea de la creación y a la contraposición con la pasividad del pensamiento propia del rebaño. Nietzsche establece una estrecha relación entre la capacidad creativa y la soledad, tanto así, que en *Así hablo Zaratustra*, llama a una vida solitaria, “El camino del creador”. Así pues, para el filósofo la soledad no representa únicamente la oportunidad de forjar y mantener un criterio propio, sino que también implica la posibilidad de acercarse a la concepción de ideas, hacia la invención, la creación de una obra. Es por ello que Zaratustra nos dice:

“Solitario tu recorres el camino del creador: ¡Con tus siete demonios quieres créate para ti un Dios! [...] Vete con tus lágrimas a tu soledad, hermano mío. Yo amo a quien crea por encima de sí mismo y por ello perece.” (Nietzsche, 2003, p. 107-108).

Entonces, la soledad, además de ser la posibilidad de escapar ante el tedio que representa la homogeneidad del rebaño, una opción ante el hastío que produce la uniformidad y la falta de criterio, es también la oportunidad de acercarse a una actitud filosófica, que conduce por los caminos de la creación. Esto porque la soledad es en primer lugar, paradójicamente, un enfrentamiento con el mundo: al apartarse de todo, al recogerse y aislarse, se puede entrever con mayor claridad todo lo que nos rodea, a veces la cercanía con las cosas nos dificulta la visión de las mismas. En segundo lugar, la soledad es una confrontación brusca de cada quien consigo mismo, donde el hombre aprende a conocerse, pero también, aprende a *crearse* y a *crear*, puesto que tiene una actitud filosófica, lo que quiere decir que ha cambiado su disposición. Ya no está dispuesto a repetir, a seguir patrones, a reincidir en lo que se le ha impuesto, el hombre solitario no está dispuesto a ser un duplicado de cada elemento del rebaño.

Por tanto, tiene la obligación de inventarse, de concebir al mundo y a sí mismo de una manera auténtica.

De esta manera se han matizado distintos argumentos que nos permiten decir que la soledad es parte de una actitud filosófica. Esta actitud está en contraposición con la actitud común del rebaño, que suele caracterizarse por una pasividad del pensamiento y una pereza para la reflexión, que degenera en la homogenización de los juicios y una pérdida de la individualidad. Las características e implicaciones que hacen que la soledad propicie una actitud filosófica son diversas, en primer lugar, la soledad es la posibilidad de apartarse de todo lo perjudicial que hay en el rebaño, en segundo lugar, la soledad es modo de vida apartado y reflexivo, que induce a la creación e inclina hacia la profunda meditación, hacia el conocimiento de uno mismo y un análisis distinto de la sociedad, sus leyes, sus formas, en fin, todo aquello que acarrea el mundo en que vivimos. En tercer lugar, se dijo que debido a precisamente lo anterior, la soledad, para el espíritu reflexivo, para el hombre de ánimo meditabundo, se convierte en una necesidad, pues únicamente a solas encuentro el medio para apartarse de todo lo de fuera que no le permite cavilar. Para el hombre cuya intención es el conocimiento y la reflexión, es un requerimiento aislarse, pues la soledad le otorga otras perspectivas, le da el silencio y la paz que difícilmente podrá encontrar entre los hombres.

Así pues, habiendo hecho un esbozo de las principales características de la soledad, y habiendo insinuado sus relaciones con la *creación* desde la obra de Nietzsche, se pasará a desarrollar el segundo capítulo, donde la intención es analizar la manera en que Nietzsche presenta la soledad como condición de la creación y la reflexión. Esto permitirá comprender más la relación entre el filósofo y la soledad, que como se puede ver, cuenta con más matices de los que a simple vista pueden aparecer.

II. ÉTICA, SOLEDAD Y CREACIÓN

En este segundo capítulo, la intención es analizar la manera en que Nietzsche presenta a la soledad como condición en primer lugar de la capacidad reflexiva individual, y finalmente, de la creación. Para esto será primordial insistir sobre dos puntos: primero sobre lo que aporta la soledad para la creación, analizando de qué manera este modo de vida se relaciona con lo que hemos denominado, una actitud filosófica. En segundo lugar, después de haber desarrollado esta relación entre soledad y creación, se pasará a esbozar y ampliar este “*locus poietico*” desde su carácter ético, exponiendo parte de la doctrina de Nietzsche, haciendo especial énfasis en la relación existente entre la creación y la transvaloración de los valores.

2.1: AMENAZAS DE LA SOLEDAD.

Entonces, se procederá a desarrollar el primer momento de este segundo capítulo en el que la intención es fijarse en la relación que establece Nietzsche entre la soledad y la creación. Para llevar a cabo esto, será necesario partir de la interpretación de un apartado de *Así hablo Zaratustra*, “Del camino del creador”, desde donde se intentará rescatar elementos que permitan puntualizar a la soledad como promotora fundamental de la invención. A partir de la interpretación de algunas frases y adagios de este texto, se intentará matizar lo que entiende Nietzsche por “creación” y por qué la relaciona casi de forma implícita con la soledad.

Como ya se dijo, *Así Habló Zaratustra* se caracteriza por abordar una multiplicidad de temas y sin embargo, todos estos tópicos se encuentran permeados por un aire común, que los relaciona y hace sustentar entre sí. En el pasaje “Del camino de creador” se concentran dos aspectos, el primer aspecto son los peligros que hay en este camino y el segundo, la relación soledad-creación. Así pues se procederá a analizar cada uno de estos aspectos, mirando en primer lugar cuáles son los riesgos que surgen en la soledad, y en segundo lugar, pasando a profundizar la relación entre la soledad y la capacidad creativa.

Existen distintas amenazas que pueden truncar el camino del solitario, estas son causadas por el rebaño, que innegablemente juzgará a los creadores, pero principalmente, las amenazas del camino del solitario, provienen de sí mismo y de las distintas cosas que se va a encontrar al confrontarse. Zaratustra al respecto nos dice:

“¿Quieres marchar, hermano mío, a la soledad? ¿Quieres buscar el camino que te lleva a ti mismo? Detente un poco y escúchame.

<<El que busca, fácilmente se pierde a sí mismo. Todo irse a la soledad es culpa>>: así habla el rebaño. Y tú has formado parte del rebaño durante mucho tiempo.

La voz del rebaño continuará resonando dentro de ti. Y cuando digas <<yo ya no tengo la *misma* conciencia que vosotros>>, eso será un lamento y un dolor.

Mira, aquella conciencia *única* dio a luz también ese dolor: y el último resplandor de aquella conciencia continúa brillando sobre tu tribulación.” (Nietzsche, 2003, p. 105).

Zaratustra empieza este discurso resaltando la forma en que la sociedad condena a la soledad, y como esta condena puede representar un impedimento para aquel que comienza a aventurarse en esta ruta. El autor nos advierte que la vida en el rebaño tiene secuelas: el eco de sus voces aún resuena en la conciencia del solitario. Para la sociedad quien se aparta de ella está inevitablemente en un error, para la sociedad, quien no tiene “la *misma* conciencia” está equivocado sin lugar a dudas. Así pues, quien quiera seguir por “El camino del creador”, deberá apagar el “*resplandor de aquella conciencia que continua brillando sobre su tribulación*”, esto quiere decir, superar los prejuicios y abrir la posibilidad a nuevas comprensiones y nuevos juicios de valor. Al respecto, en su estudio sobre *Así habló Zaratustra*, Carrasco nos dice:

La soledad es una condición indispensable para adquirir la sabiduría, en cuanto ésta aparece en el mirar propio, desde sí, que necesariamente tiene que abandonar el lugar de los prejuicios comunes, de las protecciones sociales, de los resguardos colectivos. (Carrasco, 2002, p. 64).

Esto no es tan sencillo como parece, pues en primer lugar, al crecer dentro de este contexto, seguramente habrá marcadas huellas del adoctrinamiento, que seguirán haciendo mella en la conciencia del solitario, pero todo esto forma parte de aquello que debe superar. A todo esto se le suma el sesgo con que el solitario será juzgado por una sociedad para quien aparece como excepcional, que no lo comprende ni intenta comprenderlo. El pasaje continúa así:

“Pero ¿tú quieres recorrer el camino de tu tribulación, que es el camino hacia ti mismo? ¡Muéstrame entonces tu derecho y tu fuerza para hacerlo!

¿Eres tu una nueva fuerza y un nuevo derecho? ¿Un primer movimiento? ¿Una rueda que se mueve por sí misma? ¿Puedes forzar incluso a las estrellas a que giren a tu alrededor?

¡Ay, existe tanta ansia de elevarse! ¡Existen tantas convulsiones de los ambiciosos! ¡Muéstrame que tú no eres un ansioso ni un ambicioso!

[...]¿Libre te llamas a ti mismo? Quiero oír tu pensamiento dominante, y no que has escapado de un yugo.

¿Eres tu alguien al que le sea *lícito* escapar de un yugo? Más de uno hay que arrojó de sí su último valor al arrojar su servidumbre.

¿Libre de qué? ¡Qué importa eso a Zaratustra! Tus ojos deben anunciar con claridad: ¿libre para qué?

¿Puedes prescribirte a ti mismo tu bien y tu mal y suspender tu voluntad por encima de ti como una ley? ¿Puedes ser juez para ti mismo y vengador de tu ley?”.
(Nietzsche, 2003, pp. 105-106).

Estas líneas recaen sobre dos puntos en el que Nietzsche insiste vehementemente. El primero es la soledad como *camino hacia sí mismo*, nuestro autor reitera que la soledad es la ruta para quienes quieran recorrer el *camino de su tribulación*. La soledad es la manera de separarse de los prejuicios, de lo impuesto, es la forma en que nos hallamos a nosotros mismos. El segundo punto orienta a esta soledad, le da un sentido: la soledad no debe ser solamente una huida del hastío, una vía de escape de toda la repugnancia que produce la mediocridad, quien busque la soledad no lo debe hacer porque quiera ser *libre de algo*, sino porque quiere ser *libre para algo*. Esto sugiere que la soledad debe tener una finalidad mucho más profunda que el simple hecho de sentir desgana entre la vulgaridad, la soledad debe aspirar a algo más grande que la emancipación de un yugo, la soledad debe impulsar a la creación. Nietzsche exige que la soledad tenga una finalidad más honda que la intención de huir del tedio que produce la homogeneidad y la mediocridad.

En cierta manera, Nietzsche está pidiendo hombres dignos de un gran honor. *¡Ay, existe tanta ansia de elevarse! ¡Existen tantas convulsiones de los ambiciosos! ¡Muéstrame que tú no eres un ansioso ni un ambicioso!* (Nietzsche, 2003, pp. 105-106). Nietzsche nos pide hombres

capaces de ser dueños de sí mismo, hombres que se juzguen a sí mismos con dureza, que busquen fortalecerse, aumentarse. El carácter vitalista de Nietzsche pide hombres bravíos y libres, pero de nuevo, exige que esta libertad tenga un propósito elevado. Este propósito no debe confundirse con *ansia de elevarse* o *ambición*, este propósito debe ser la creación, la cual, aunque surja del enfrentamiento consigo mismo, de la soledad más pura, no debe mancharse por sentimientos mezquinos que más bien, son propios del rebaño. No todos los hombres son aptos para andar por el camino de los creadores, por eso es que Zaratustra nos pregunta: *¿Eres tu alguien al que le sea lícito escapar de un yugo?* (Nietzsche, 2003, pp. 105-106).

Hacia el final de estos pensamientos, Nietzsche enlaza la creación con la ética, resaltando la necesidad de la creación de valores. Es por eso que Zaratustra pregunta: *¿Puedes prescribirte a ti mismo tu bien y tu mal y suspender tu voluntad por encima de ti como una ley? ¿Puedes ser juez para ti mismo y vengador de tu ley?* (Nietzsche, 2003, pp. 105-106). Sin embargo, sobre esta relación entre ética y creación se hará un análisis ulterior como ya se había mencionado. Posteriormente, “Del camino del creador” prosigue así:

“Hoy sufres todavía a causa de los muchos, tú que eres uno solo hoy conservas aún todo tu valor y todas tus esperanzas.

Más alguna vez la soledad te fatigará, alguna vez tu orgullo se curvará y tu valor rechinará los dientes. Alguna vez gritarás << ¡estoy solo! >>.

Alguna vez dejarás de ver tu altura y contemplarás demasiado cerca tu bajeza; tu sublimidad misma te aterrorizará como un fantasma. Alguna vez gritarás << ¡todo es falso! >>.

Hay sentimientos que quieren matar al solitario; ¡si no lo consiguen, ellos mismos tienen que morir entonces! Mas ¿eres tú capaz de ser asesino?” (Nietzsche, 2003, p. 106).

Esta vez se resaltan amenazas que surgen desde el mismo creador, que al confrontarse se encontrará con sus inseguridades, miedos, defectos y angustias. Zaratustra reitera las dificultades que tiene el camino de los creadores. El rebaño social es cómodo y manejable, la vida en sociedad tiene facilidades que son precisamente las que inducen a la mediocridad de la que se ha hablado. Es por ello que la ruta para la creación no está hecha para cualquier hombre: quien

quiera ser artífice deberá ser duro consigo mismo, tendrá que resistir y ser *asesino* de todos los sentimientos de debilidad y culpabilidad que constantemente vendrán para hacerlo temer y poner en duda el camino que ha elegido. La soledad no es una compañía fácil y los hombres débiles jamás podrán convivir con ella. El pasaje continúa de la siguiente manera:

“¿Conoces ya, hermano mío, la palabra desprecio? ¿Y el tormento de tu justicia, de ser justo con quienes te desprecian?

Tú fuerzas a muchos a cambiar de doctrina acerca de ti; esto te lo hacen pagar caro. Te aproximaste a ellos y pasaste de largo: esto no te lo perdonan nunca.

Tú caminas por encima de ellos: pero cuanto más alto subes, tanto más pequeño te ven los ojos de la envidia. El más odiado de todos es, sin embargo, el que vuela.

<< ¡Cómo vais a ser justos conmigo! – Tienes que decir– yo elijo para mi vuestra injusticia como la parte que me ha sido asignada>>.

Injusticia y suciedad arrojan ellos al solitario: pero, hermano mío, si quieres ser una estrella ¿no tienes que iluminarlos menos por eso!

¡Y guárdate de los buenos y justos! Con gusto crucifican a quienes se inventan una virtud para sí mismos, – odian al solitario.

[...] ¡Y guárdate también de los asaltos de tu amor! Con demasiada prisa tiende el solitario la mano a aquel con quien se encuentra.

A ciertos hombres no les es lícito darles la mano, sino solo la pata: y yo quiero que tu pata también tenga garras.” (Nietzsche, 2003, p. 107).

Retoma en estas líneas Zarathustra las reservas que debe tener aquel que escoja el camino del creador con el resto de los hombres, con el rebaño. Como se ha venido diciendo, uno de los precios a pagar por alejarse de la uniformidad es el rechazo de los demás, *el más odiado es el que vuela*, nos dice Nietzsche, es por ello que para quien tenga la pretensión de elevarse a otras alturas debe también querer cargar con la *injusticia* de los demás como parte de su compromiso. Los prejuicios de la sociedad no deben ser un peso para el creador; por el contrario, este debe entender que es normal el desprecio hacia los hombres que aman lo lejano. Desde esta postura se vislumbra un guiño hacia los filósofos, quienes suelen ser los encargados del análisis más

profundo de una sociedad. Tal vez solo ellos logren ver aquello que hay de perverso e injusto en los hombres, tal vez ellos perciban con mayor claridad los errores y atropellos que se suelen cometer, sin embargo, son ellos los que más suelen ser juzgados.

Hasta el momento se han mencionado dos tópicos principales que surgen desde la interpretación de este pasaje, el primero y más resaltado son las distintas amenazas y riesgos que trae como implicación la aventura por el “camino del creador”. El segundo tópico que ha sido nombrado pero no profundizado, es la relación que establece Nietzsche entre soledad y creación, la cual, hacia el final del pasaje adquiere mayor hondura.

2.2: RELACIÓN SOLEDAD-CREACIÓN:

Los seres afincados en la tradición y que piensan únicamente bajo la lógica impuesta, que ven el mundo bajo la moral que se les ha enseñado, se han de escandalizar ante quien sepa *crear sus propios valores*; quienes bajo el amparo del dogma y de la costumbre se hacen llamar a sí mismos *buenos y justos, con gusto crucifican a quienes se inventan una virtud para sí mismos, – odian al solitario* (Nietzsche, 2003, p. 107). El rebaño siempre juzgará y condenará a quien se aparte de la usanza y la imposición. El solitario debe ser alguien a quien *le sea lícito escapar de un yugo*, y la forma en que se gana esta libertad, la manera en que el solitario logra hacerse merecedor del honor de ser sí mismo, es a través de la creación. El final del pasaje “El camino del creador” prosigue de la siguiente manera:

“Pero el peor enemigo con que puedes encontrarte serás siempre tú mismo. A ti mismo te acechas tú en las cavernas y en los bosques.

¡Solitario, tú recorres el camino que lleva a ti mismo! ¡Y tu camino pasa al lado de ti mismo y de tus siete demonios!

Un hereje serás para ti mismo, y una bruja y un hechicero y un necio y un escéptico y un impío y un malvado.

Tienes que querer quemarte a ti mismo en tu propia llama: ¡cómo te renovarías si antes no te has convertido en ceniza!

Solitario, tú recorres el camino del creador: ¡con tus siete demonios quieres crearte para ti un Dios!

Solitario, tú recorres el camino del amante: te amas a ti mismo y por ello te desprecias como sólo los amantes saben despreciar.

¡El amante quiere crear porque desprecia! ¡Qué sabe del amor el que no tuvo que despreciar precisamente aquello que amaba!

Vete a tu soledad con tu amor y con tu crear, hermano mío; solo más tarde te seguirá la justicia cojeando.

Vete con tus lagrimas a tu soledad, hermano mío. Yo amo a quien quiere crear por encima de sí mismo y por ello perece.

Así hablo Zaratustra.” (Nietzsche, 2003, pp. 107-108).

Zaratustra insiste en que las mayores amenazas del camino del solitario provienen de sí mismo. El camino que está recorriendo es el camino que lo lleva a conocerse, por lo que cualquier disgusto que pueda llevarse tiene origen en sus propios misterios. La exigencia que tiene enfrentarse a sí mismo es un peso que realmente nadie se imagina y del que nadie puede hablar hasta que no lo experimente. Es además una experiencia tan única y original como la composición de cada ser humano. El individuo frente a sí, a veces en contra, otras defendiéndose, a veces orgulloso, otras avergonzado, en fin, un hombre experimentando sus pasiones y cotejándolas, descifrando su voluntad, es un agobio mayor al que a común idea se hace la gente.

Sin embargo, todas estas pruebas, estos retos y desafíos, son las que otorgan grandeza al solitario. Todas estas amenazas lo endurecen, lo hacen más fuerte, le permiten conocerse, crearse, amarse, saber que el amor al prójimo es una elección y no una obligación, así es como aprende que no tiene necesidad de buscar en otros lo que ya tiene en sí mismo. Es así como el hombre solitario limpia su conciencia, hace suya su conciencia, y juzga todo con sus propios ojos, es tras todas estas pruebas que el hombre solitario se zafa de lo que le habían impuesto. Sin embargo, esta destrucción de prejuicios e imposiciones carece de sentido si no va acompañada de una parte constructiva: la creación. El solitario no debe dedicarse únicamente al apartamiento de todo lo negativo que le da el rebaño sino que también debe preocuparse por buscar hacerse algo nuevo, algo que supere todo esto de lo que huyo, el solitario debe *crear valores*.

Se han planteado distintas amenazas que surgen en el camino del creador, que es por antonomasia, desde esta perspectiva, un camino solitario. Se puede plantear el mayor riesgo de este camino es que no sea tomado en serio y no su finalidad más profunda no sea llevada a cabo, es decir, lo peor que puede suceder en el camino del solitario, es que no sea un camino del creador. Ahora es momento de pasar a profundizar en esta relación entre la creación y la soledad. Como se dijo en el capítulo anterior, la creación acá puede tener dos sentidos, uno amplio, en el que se abarca todo tipo de obra humana, ya sea de carácter artístico o intelectual, el otro sentido que tiene aquí la creación, es un sentido ético, que está en estrecha relación con el pensamiento de Nietzsche y justifica totalmente la relación que establece entre la soledad y la invención.

2.3: ÉTICA Y CREACIÓN.

Es así como se llega al segundo momento de este capítulo, donde la intención es desarrollar el carácter ético de la creación, lo que también servirá para ahondar en la estrecha relación entre soledad y creación, pues sobre este punto, insiste Nietzsche, es vital que el solitario cree. Hay que prestar mucha atención cuando Zarathustra nos dice: *Solitario, tú recorres el camino del creador: ¡con tus siete demonios quieres crearte para ti un Dios!* (Nietzsche, 2003, pp. 107-108). Como se ha venido resaltando, el camino del solitario es el camino del creador. Hay una exigencia implícita que va más allá de liberarse de un yugo para quien decide emprender un aislamiento y esta es la creación. Pero para Nietzsche, esta creación tiene ante todo un sentido ético, siendo una necesidad y un requerimiento para los hombres, y aún más, para los filósofos. Nietzsche habla de *crear un Dios*, y para ahondar en el sentido de estas palabras, será necesario establecer una reflexión en torno al significado del nihilismo, de la frase de Nietzsche “*Dios ha muerto*”, y lo que significa la creación y la transvaloración de los valores. Esta frase aparece por primera vez en la obra de Nietzsche en <<La gaya ciencia>>, en el apartado “*El loco*”. Se sabe además que el primero en escribirla fue Hegel, pero en un sentido diferente.

Para hacer la exposición de estos conceptos, se recurrirá al auxilio de Heidegger, otra de las grandes cumbres del pensamiento. Vale la pena advertir que este amparo se acepta pero con cautela, ya que es conocida la tendencia de los autores, que para apoyar sus teorías y darles mayor veracidad, suelen transgredir a otros pensadores y sus ideas, siendo este uno de los casos con más renombre, pues aunque Heidegger destaca por su agudeza y amplia capacidad interpretativa, no es un secreto que en ciertos pasajes forza a Nietzsche, con el fin de ajustar sus

ideas sobre la metafísica. Suele reprochársele a Heidegger el haber tomado en cuenta para su interpretación solamente la obra tardía de Nietzsche, olvidando aspectos anteriores que no carecen de importancia. También se le califica de unilateral, por haber tomado de Nietzsche solo aquello que convenía a su filosofía, excluyendo las partes en que establece distintas críticas a la metafísica. La intención de este trabajo no es entrar en esta polémica, sin embargo, es útil delimitarla y dejar como precedente la intención de no caer en malas interpretaciones, pues a pesar de todo, algunos apuntes de Heidegger resultan pertinentes.

La obra a seguir será entonces *Caminos de bosque*, un recopilatorio, donde se encuentra un apartado en el que Heidegger ahonda en Nietzsche: “La frase de Nietzsche <<Dios ha muerto>>”. En este texto Heidegger se pregunta por el nihilismo y acepta de antemano que este viene encriptado en la frase de Nietzsche “Dios ha muerto”. La importancia de esta reflexión es suprema, pues en palabras del alemán: “La frase de Nietzsche nombra el destino de dos milenios de historia occidental” (Heidegger, 2010, p. 160).

Cuando se dice que “Dios ha muerto”, Nietzsche utiliza el término “Dios” para designar lo suprasensible. Esta frase no se enmarca en un ateísmo vulgar y en realidad no tiene nada que ver con la presencia o ausencia de alguna creencia teológica. Esta frase nos indica pues, que lo suprasensible ha perdido valor, ha perdido su fuerza efectiva. Nietzsche agrupa la ideología cristiana, que es en cierto modo una interpretación del platonismo, en un conjunto de conceptos que venían históricamente dando sentido y aportando un derrotero al que atenerse. El nihilismo es el proceso histórico a partir del cual cada vez más lo suprasensible entra en declive. Heidegger comenta: “En una anotación del año 1887 Nietzsche plantea la pregunta (Voluntad de poder, aforismo 2): <<¿Qué significa nihilismo?>> Y contesta: <<Que los valores supremos han perdido su valor>>. (Heidegger, 2010, p. 166). Así pues, el nihilismo representa el ocaso de lo suprasensible como valor supremo.

Surge entonces la pregunta, ¿qué significa que lo suprasensible fuera el valor supremo? Y si como valor supremo ha perdido su valor, ¿qué sigue a este descenso? ¿Cuál sería el nuevo valor supremo? En primer lugar hay que decir que el término valor, es un concepto recurrente en Nietzsche, a partir del cual plantea una serie de consideraciones de carácter moral. Heidegger comenta: “En una anotación (1887/1888) Nietzsche dice lo que entiende por valor. (Voluntad de poder, aforismo 715): <<El punto de vista del “valor” es el punto de vista de las *condiciones de*

conservación y aumento por lo que se refiere a formaciones complejas de duración relativa de la vida dentro del devenir>>”. (Heidegger, 2010, p. 170). Así mismo, Heidegger condensa este aforismo de Nietzsche definiendo al valor como “un punto de vista”, “lo que la vista toma en consideración” o “un punto de visión para un mirar que enfoca algo”. (Heidegger, 2010, p. 170). Así pues los valores o un valor, son un horizonte de comprensión, el punto de partida de una perspectiva, la medida con que se estima. Decir que lo suprasensible perdió su valor como valor supremo, es entonces decir que no es ahora la medida del mundo.

Una definición acertada del nihilismo en este sentido, es la de Carrasco quien comenta:

El nihilismo consiste en que los supremos valores entran en un proceso de desvalorización y pierden su carácter mandante. Falta la respuesta al por qué, falta la definición de las metas, se vive en total desorientación y en la multiplicidad de fines inmediatos que no satisfacen a nadie. El hombre anda perdido, sin reconocer para qué vive, y vagando en un mundo de apariencias y construcciones ficticias. La nada se introduce por todas partes, devastando lo que el hombre intenta elevar con grandes sacrificios. (Carrasco, 2002, p. 96).

Nietzsche comprende el nihilismo como la desvalorización de los valores supremos, en este sentido, la falta de respuesta a varios de los principales interrogantes, la ausencia de cimientos sobre los cuales fundar algo estable para el hombre. Sin embargo, lo que vendría después, tendría que ser la *transvaloración de los valores*. Este es uno de los puntos fundamentales en la filosofía de Nietzsche, quien a pesar de ser conocido sobre todo por sus agudas críticas a la historia del pensamiento, también tiene propuestas muy interesantes, desde donde se enmarca precisamente, aquello que él intento *crear*.

Así pues, si nos encontramos con que los valores supremos han perdido su valor, ésta es al mismo tiempo la oportunidad de *crear valores*, ésta es la principal misión del solitario, quien se encuentra por el camino del creador precisamente, buscando su propio modo de ver el mundo, de cotejarlo y evaluarlo, busca, en fin, tener la capacidad de valorar al mundo desde su propia visión, no desde una impuesta. Esta es una de las buenas nuevas que trae consigo Zarathustra, durante toda la obra nos dice que *Dios ha muerto*, porque esto significa también que *podemos crear un Dios*.

Esta creación de valores, es una transvaloración, debido a que siempre guarda una relación con los valores supremos anteriores, así pues, el nihilismo es la pérdida de los valores supremos y la reacción frente a esta desvalorización, es decir la transvaloración. El proceso del nihilismo tiene también para Nietzsche un peso histórico, en el momento en que escribe su obra el mundo está en su punto de quiebre, es por eso que le concede una importancia tan alta al hecho de la creación de valores y que enfatiza a estos valores como contrarios a los que anteriormente regían, he ahí la razón para que esta creación sea al mismo tiempo transvaloración. Zaratustra nos habla de esta transvaloración, por ejemplo, cuando nos dice: “Tienes que quemarte a ti mismo en tu propia llama: ¡Cómo te renovarías si antes no te hubieses convertido en ceniza!” (Nietzsche, 2003, p. 107). Zaratustra nos invita a quemar estos valores y a que resurjamos majestuosos de estas cenizas.

Esto pone de manifiesto la estrecha relación que propone Nietzsche entre la soledad y la creación. Como ya se había dicho, la creación en este ámbito tiene dos sentidos, uno amplio que pasa desde lo artístico hasta lo científico, y otro más estrictamente nietzscheano, que está relacionado con la propuesta ética de Nietzsche de la transvaloración de los valores. El camino del solitario tiene como su finalidad más profunda la creación, pero esta creación es de valores, es la invención de un Dios que permita a este hombre que se ha salido de lo establecido, medir el mundo desde su propio punto de vista, es decir, esta creación tiene ante todo un carácter ético:

Zaratustra, como todo filósofo creador de nuevos valores, viene a desestabilizar el orden existente. [...] Lo esencial aquí es que a través de la experiencia realizada [experiencia de la soledad], Zaratustra ha hecho el descubrimiento de su verdadera vocación como creador y como pensador. La dirección de la vida del filósofo es la elección de sí mismo, la asunción radical de la autenticidad de su mirada, con el consecuente rechazo de toda situación ya establecida por la fe, por el pensamiento anquilosado como “sentido común” en las cabezas de la plebe o por la moral de las costumbres. (Carrasco, 2002, p. 77).

Ahora bien, retomando al punto principal de este apartado, el carácter ético de la creación se hace explícito si tomamos en cuenta la relación que hay entre la soledad, la creación y la transvaloración de los valores. Quien se aleja de la sociedad se aparta también de una serie de imposiciones, se aleja de los *valores* a través de los que se mide el mundo desde esta vida en

comunidad. En soledad se aleja de todo esto y a la vez, se acerca a la creación de nuevas formas de *valorar* al mundo, aquí radica el carácter ético de la creación, la creación desde la soledad es principalmente ética pues su principal finalidad debería ser la invención de un “Dios”, de “una tabla de valores”, como nos dice Zaratustra: “Solitario, tu recorres el camino del creador: ¡con tus siete demonios quieres crearte para ti un Dios! (Nietzsche, 2003, p. 107).” El solitario, el creador, debe crear una forma de valorar que sea auténtica, que venga de sí mismo y su propia visión del mundo, pero sobre todo, debe crear valores que le favorezcan y le fortalezcan.

Esto pone en evidencia cómo se relacionan la soledad y la creación y respalda lo planteado en el capítulo anterior, cuando se enlazaba a la soledad con una actitud filosófica, presentando a la soledad como una necesidad para el filósofo. Si un hombre quiere ir en busca de la sabiduría, debe huir de lo establecido, esto solo se hace en soledad, donde encontrará el camino hacia la creación. Lo primero que debe inventar el hombre en este proceso creativo, es una forma propia de medir al mundo, debe afianzarse en criterios propios que le permitan regirse, es decir, la creación desde esta perspectiva se caracteriza por un afán ético. Este es el camino que Nietzsche plantea como el de los creadores, este es el camino del filósofo:

El hombre del conocimiento –es decir, el filósofo, tal como lo entiende Nietzsche– es el que elige el conocimiento como su pasión predominante, y su rol, como hemos dicho, equivale exactamente a la figura del “creador”. Se trata del hombre que se elige a sí mismo, que se adentra hacia su propia e íntima voluntad, y pone como valor las condiciones de su supervivencia y expansión. (Carrasco, 2002, p. 83).

Así pues, se ha hecho un análisis de la manera en que Nietzsche presenta la soledad como condición de la creación y la reflexión. En primer lugar se planteó que la soledad está estrechamente relacionada con la creación, se hizo énfasis en la exigencia que hace Zaratustra a los solitarios, pidiéndoles una finalidad para su soledad. Se dijo que esta finalidad debe ser la creación, ya que la soledad aporta la atmosfera precisa para crear, pues permite alejarse de lo impuesto en busca de una visión propia de las cosas. Esto hace precisamente que la soledad sea el “camino del creador”, pues crear una visión propia de las cosas, implica crear una forma propia de *valorar*, esto es, crear valores. Esta creación de valores está enmarcada por el proceso histórico denominado nihilismo, por lo que es una transvaloración, lo que significa que esta

creación de valores está en relación con los anteriores valores que han perdido su fuerza efectiva, esto demuestra que la soledad, el camino de los creadores, se basa primero en una reflexión de lo que hemos visto, de los prejuicios que nos han enseñado, para posteriormente, crear unos nuevos valores que superen los anteriores. Es a través de este proceso de “liberación” que cobra sentido la relación entre ética, soledad y creación.

De esta manera, tras hacer un análisis de la relación entre soledad y creación y entre la creación y la ética, se pasará a describir cómo se relaciona y articula la soledad con el papel del filósofo en la sociedad, esto a partir de la figura de Zaratustra descendiendo de las montañas, apartándose de la soledad que tanto busco, para ir donde los hombres a transmitir sus pensamientos.

III. DE LA SOLEDAD A LA ALTERIDAD EN EL FILÓSOFO

3.1: ZARATUSTRA DESCENDIENDO DE LAS MONTAÑAS.

Hasta ahora, el trabajo ha tenido dos capítulos que determinan cada uno, una instancia distinta: el primero, en el que se trabajó a la soledad desde las distintas formas en que se la puede entender en la obra de Nietzsche, siendo estas como una opción, como un modo de vida y finalmente, para el filósofo, se dijo que la soledad podía aparecer como una necesidad. Esto se hizo explícito debido a que la soledad permite alejarse de los distintos inconvenientes que trae para la individualidad la vida en el rebaño, lo que resulta fundamental para quien tiene el deseo de dedicarse a la reflexión y la búsqueda de conocimiento. En el segundo capítulo, se confirmó la necesidad de soledad por parte de los filósofos, ya que se demostró que la soledad está fuertemente relacionada con la creación, especialmente con la creación de un criterio único y personal y de una tabla de valores que permite juzgar al mundo desde una visión propia. Ahora, en el tercer capítulo, se pasará a la parte final de esta investigación, donde se intentará ahondar en aquello que le aporta la soledad al filósofo y posteriormente, se hará una reflexión del papel del filósofo frente a la sociedad, de acuerdo con lo postulado en *Así hablo Zaratustra* y prestando especial atención a la figura de Zaratustra descendiendo de las montañas, buscando a los hombres.

Para llevar a cabo esto, se seguirá el siguiente orden argumentativo: en primer lugar, se hablará del primer momento en que Zaratustra desciende de las montañas, intentando hacer una interpretación de esta situación, para sugerir el por qué abandona su soledad nuestro personaje. Acá se hará especial énfasis en lo planteado en el *Prólogo* de la obra, especialmente al momento en que Zaratustra baja en busca de los hombres y dirige unas breves pero importantísimas palabras al sol. Posteriormente se pasará a hablar sobre el regalo que Zaratustra trae a los hombres, para comprender a mayor profundidad la relación del filósofo con los hombres. Finalmente se hará un recuento de los argumentos presentados a lo largo del trabajo, para proceder a extraer las conclusiones del mismo.

Como se ha tematizado, la soledad se le presenta como una necesidad al hombre de conocimiento. Este requiere de apartarse de lo impuesto, de lo mediocre y común que en la sociedad abunda. La verdadera sabiduría se halla en el apartamiento y en la creación de un

“Dios” propio, no existe conocimiento ni reflexiones auténticas desde el marco de lo gregario y lo establecido, no existe creación verdadera si lo que se hace es seguir lo prescrito. Zaratustra es un ejemplo claro de todo esto y aun así, en distintos momentos de la obra, desciende desde las montañas, desde la zona inhóspita de su soledad, en busca de los hombres. ¿Acaso extraña la comodidad propia del rebaño? ¿Qué motivos mueven a Zaratustra hacia este retorno a los hombres? Para responder a esta pregunta, que también está orientada a cuestionar sobre el papel del filósofo en la sociedad, será necesario recurrir a distintos pasajes de la obra, el primero de estos se encuentra en el *Prólogo* de *Así hablo Zaratustra*.

En el *Prologo*, nos encontramos frente a un Zaratustra que tras diez años de soledad, decide volver a los hombres, esto ocurre porque *su corazón se transformó*. Es así como se pone frente al sol y le dice:

“¡Tu gran astro! ¡Qué sería de tu felicidad si no tuvieras a aquellos a quienes iluminas!

[...] ¡Mira! Estoy hastiado de mi sabiduría como la abeja que ha recogido demasiada miel, tengo necesidad de manos que se extiendan.

Me gustaría regalar y repartir hasta que los sabios entre los hombres hayan vuelto a regocijarse con su locura, y los pobres, con su riqueza.

Para ello tengo que bajar a la profundidad: como haces tú al atardecer, cuando traspones el mar llevando luz incluso al submundo, ¡astro inmensamente rico!”
(Nietzsche, 2003, pp, 33-34).

Este es el inicio de la obra, y por supuesto, carga con un alto simbolismo y un profundo significado. La figura principal en estas líneas es el sol, el cual es símbolo de Zaratustra. Se compara la plenitud de Zaratustra tras todos estos años en la montaña, con la plenitud del sol, el texto nos dice: “Yo, lo mismo que tú, tengo que hundirme en mi ocaso, como dicen los hombres a quienes quiero bajar”. (Nietzsche, 2003, p. 34). En cierto sentido entonces, se está comparando la figura del sol también con la del filósofo, con la del hombre de conocimiento. Se compara entonces esta plenitud del sol, cuya luz se desborda hacia todo lo que hay a su alrededor, con la plenitud del hombre sabio, cuyo conocimiento quiere desbordarse. Es por ello que Zaratustra se dice *hastiado de sabiduría*, pues esta se desborda, por ello necesita *como la abeja que ha recogido demasiada miel, de manos que se extiendan* (Nietzsche, 2003,

p. 34). Estas líneas ocultan el secreto del por qué desciende Zaratustra de las montañas, del por qué busca de nuevo a los hombres, así que vale la pena mirarlas con detenimiento.

Al respecto de esta metáfora, Carrasco hace un análisis en el que se vislumbran las intenciones de Zaratustra al descender en busca de los hombres:

[...] Zaratustra, harto de su espíritu y de su soledad, necesita por fin la mano que se tienda. Este requerimiento que no brota de una carencia sino de la propia plenitud, lo impulsa a dejar la montaña para volver al valle: “Zaratustra quiere volver a ser hombre”. Esta vuelta al mundo de los hombres es también su pérdida, y la palabra utilizada por Nietzsche para marcar esa identidad entre la acción de Zaratustra, y la dirección de sol de llevar su plenitud hacia el mundo oscuro, es: *untergehen*, que significa a la vez “ponerse”, en el sentido de trasponer el sol en su descenso al límite del horizonte, y “perecer”, “sucumbir”, “morir”. El descenso de Zaratustra es “hundirse en su ocaso”, como traduce bellamente Sánchez Pascual, es decir, una pérdida de sí mismo que no tiene lugar por una necesidad, sino por una exuberancia. Es importante hacer la diferencia, porque para Nietzsche solo tienen validez los movimientos que dan testimonio de una fuerza, en cambio, los que derivan de una debilidad no pueden ser ni verdaderamente creativos, ni afirmativos. (Carrasco, 2004, p. 52).

En el párrafo anterior Carrasco toma numerosos puntos importantes al respecto del tema, que sirven para apuntar hacia una respuesta del por qué Zaratustra *quiere volver a ser hombre*, y por supuesto, de la cuestión que está de fondo, es decir el papel del filósofo frente al resto de los hombres. En primer lugar, la plenitud que ya se había mencionado, es el punto principal a partir del cual encontramos los motivos para que Zaratustra abandone su soledad. Esta soledad ejerció una *transformación en el corazón de Zaratustra* y es por ello que decide descender de las montañas. La transformación es precisamente esa plenitud de conocimiento y sabiduría que desborda a Zaratustra, que lo hace buscar una mano que se tienda. Pero este buscar una mano que se tienda, este descender a los hombres, no surge de una carencia, como hace énfasis Carrasco, y como se mencionó en el primer capítulo, cuando se hablaba de las relaciones interpersonales como parte de una vergonzosa necesidad de afecto. Esta necesidad de una mano que se tienda surge a partir de todo lo contrario, de una plenitud como la del sol, cuya luz se escapa de sí y aborda todo lo que está a su alrededor.

Zaratustra está hastiado de miel, hastiado de su propia sabiduría, es por eso que necesita de manos que se extiendan y reciban su mensaje. Es por ello que va donde los hombres, porque su propia plenitud se lo exige. Desde este punto de vista, Nietzsche nos insinúa que sí hay una necesidad de compartir con los hombres, pero esta es muy distinta de la que se da dentro del rebaño. Como se hizo mención en el primer capítulo, existe un riesgo dentro de las relaciones interpersonales, y este es que se busque el afecto que no se encuentra en sí mismo en los otros, a través de la opinión generalizada, lo que provoca complacencias con los demás pero una total deshonestidad consigo mismo. Esta manera de buscar el agrado es condenada por Zaratustra: “[...] no conseguís soportaros a vosotros mismos y no os amáis bastante: por eso queréis seducir al prójimo a que ame”. (Nietzsche, 2003, p. 103). Todo lo contrario, esta búsqueda del hombre, que es en definitiva otra manera de amarlo, nace de una exuberancia que busca a donde desplazarse, Zaratustra va donde los hombres porque los ama y porque los necesita, pero es una necesidad y un amor que el mismo ha decidido y encontrado.

Carrasco nos dice en otro pasaje:

En varias frases de este Prólogo se deja entrever el supuesto de que el hombre sólo es tal, a través de la relación con otros hombres: Zaratustra, que baja de la montaña, quiere “volver a ser hombre”, es decir, quiere volver a los hombres. Si esto es así, quiere decir que el sentido de su mensaje solo adquiere realidad y verdad cuando transforma la vida real del hombre. (Carrasco, 2002, p. 70).

Lo anterior, que parece contradecir todo lo que se ha dicho respecto de la búsqueda del conocimiento a través de la soledad, adquiere sentido cuando se reitera que el retorno a los hombres se da a partir de la plenitud que desborda a Zaratustra.

3.2: EL RETORNO A LOS HOMBRES.

Sin embargo, este retorno a los hombres no es sencillo, es dificultoso y sumamente molesto, tiene todavía mucho que enseñarle a Zaratustra. En su descenso de las montañas se encuentra con un viejo santo, el cual le interroga por sus intenciones de volver donde los hombres, Zaratustra le responde *yo amo a los hombres*, a lo que el sabio le replica con su amor por “Dios”, Zaratustra contesta que lleva a los hombres un *regalo*, y el santo le aconseja que es mejor que no les de nada. Zaratustra no presta demasiada atención a este personaje y sigue su

camino, pero lo más importante, es que expresa su perplejidad al decir: “¡Será posible! ¡Este viejo santo en su bosque no ha oído todavía nada de que *Dios ha muerto!*” (Nietzsche, 2003, p. 36).

Posteriormente, llega a una ciudad, donde encuentra una multitud reunida para ver a un volatinero. Zaratustra es confundido con el artista y es por eso que prestan atención a su discurso. En este primer discurso a los hombres, Zaratustra habla sobre el súper hombre, habla de la muerte de Dios y del *übermensch* como la consecuencia de este, habla sobre el retorno del sentido de la vida hacia la tierra, en fin, expone gran parte de sus pensamientos, y sin embargo, lo único que recibe son burlas. Zaratustra decide seguir con su discurso, les dice: “El hombre es una cuerda tendida entre el animal y el súper hombre –una cuerda tendida en un abismo”. (Nietzsche, 2003, p. 38). Continúa hablando sobre su amor a los hombres y lo que estos representa, un *tránsito* hacia algo que se fortalece. Zaratustra habla bellamente al pueblo, sin embargo, este no le entiende, a este no le interesa entenderlo. Zaratustra se dice a sí mismo: “[...] se ríen: no me entienden, no soy yo la boca para estos oídos”. (Nietzsche, 2003, p. 40). Por eso decide hablarles del *último hombre*, es decir, el hombre moderno, al cual critica desde distintos aspectos como su nulo amor por la tierra, su ilusoria felicidad y sobre todo, por su falta de criterio propio: “¡Ningún pastor y un *solo rebaño!* Todos quieren lo mismo, todos son iguales: quien tiene sentimientos distintos marcha voluntariamente al manicomio”. (Nietzsche, 2003, p. 41-42). Tras este discurso Zaratustra es interrumpido por el alboroto que produce la gente al pedirle que les dé al “último hombre”, lo que termina de decepcionarlo y se repite: *no soy yo la boca para estos oídos* (Nietzsche, 2003, p. 41-42).

La intención de Zaratustra es desbordar esa plenitud que lo llena, sin embargo, desde su primer encuentro con los hombres se da cuenta de que estos no están preparados para su mensaje. La predicación no es la manera en que este discurso debe ser dado al hombre. Tras todo esto, el volatinero que estaba en medio de su espectáculo, justo antes de llegar al fin de su travesía, cae. Todos huyen y Zaratustra es el único que se dirige hacia el cuerpo agonizante, el volatinero lo confunde con el diablo y Zaratustra le niega que exista este y el infierno. Todas las palabras y frases cargan con profundos significados, Nietzsche juega con la poesía infundiéndole a distintas figuras sutiles caracteres, y a través de estas matiza constantemente sus planteamientos filosóficos. Todos los personajes que van apareciendo frente a Zaratustra

tienen un significado de trasfondo, un simbolismo oculto: el volatinero y sus maromas, representan el espectáculo que atrae y agrupa al hombre moderno, la muerte del volatinero y la huida de la multitud, representa el comportamiento hipócrita del rebaño, que deja morir lentamente a quien minutos antes aplaudía, Finalmente, al atardecer, el pueblo se dispersa y Zaratustra carga con el muerto. Se ríe de sí mismo cuando dice: “¡En verdad, una hermosa pesca ha cobrado hoy Zaratustra! No ha pescado ni un solo hombre, pero sí, en cambio, un cadáver!” (Nietzsche, 2003, p. 44). Posteriormente, al salir de la ciudad, Zaratustra se encuentra con el bufón que provocó la muerte del volatinero. Este le dice: “Vete fuera de esta ciudad, aquí son demasiados los que te odian, te odian los buenos y justos y te llaman su enemigo y despreciador” (Nietzsche, 2003, p. 45). Después, los sepultureros al verlo cargando el cadáver se burlan de él.

Como se puede apreciar, hay distintos episodios que siguen dando a Zaratustra indicios que no solo no es comprendido por los hombres, sino que también es despreciado y visto como un loco, este es el sino del solitario: la incompreensión del rebaño. Tras todas estas eventualidades, Zaratustra decide dormir en medio del bosque y lo hace junto a su compañero, el cadáver. Al despertar de un largo sueño, Zaratustra se encuentra con que había visto una *verdad nueva*:

“Largo tiempo durmió Zaratustra, y no sólo la aurora paso sobre su rostro, sino también la mañana entera. Mas por fin sus ojos se abrieron: asombrado miro Zaratustra el bosque y el silencio, asombrado miro dentro de sí. , entonces se levantó con rapidez, como un marinero que de pronto ve tierra, y lanzó gritos de júbilo, pues había visto una verdad nueva y habló así a su corazón:

Una luz ha aparecido en mi horizonte: compañeros de viaje necesito, compañeros vivos –no compañeros muertos ni cadáveres, a los cuales llevo conmigo a donde quiero.

Compañeros de viaje necesito, que me sigan porque quieren seguirse a sí mismos –e ir a donde yo quiero ir.

Una luz ha aparecido en mi horizonte: ¡no hable al pueblo Zaratustra, sino a compañeros de viaje! ¡Zaratustra no debe convertirse en pastor y perro de un rebaño!

Para incitar a muchos a apartarse del rebaño –para eso a he venido. Pueblo y rebaño se irritaran contra mí: ladrón va a ser llamado por los pastores Zaratustra.

Digo pastores, pero ellos se llaman a sí mismos los buenos y justos. [...] ¿A quién es el que más odian? Al que rompe su tabla de valores, al quebrantador, al infractor – pero ese es el creador.

¡Ved los creyentes de todas las creencias! ¿A quién es el que más odian? Al que rompe su tabla de valores, al quebrantador, al infractor –pero ese es el creador.

Compañeros en su camino busca el creador, y no cadáveres, ni tampoco rebaños y creyentes. Compañeros en la creación busca el creador, que escriban nuevos valores en tablas nuevas.

[...] Y tú, compañero mío, ¡descansa en paz! [...] Me separo de ti, el tiempo ha pasado. [...] No debo ser ni pastor ni sepulturero. Y ni siquiera debo volver a hablar con el pueblo nunca; por última vez he hablado a un muerto”. (Nietzsche, 2003, p. 46-47-48).

En el anterior fragmento se encuentra gran parte del sentido del filósofo con el hombre, Nietzsche nos da a entender su concepción de la filosofía a través de la lección que aprende Zaratustra al bajar de las montañas. Zaratustra despierta feliz por haber divisado esta nueva verdad, que como se puede apreciar, es una verdad vivida, fruto de la experiencia y el andar en el mundo. Esta verdad es que *Zaratustra debe encontrar compañeros de viaje*, pero estos deben ser *compañeros vivos, no cadáveres*. Zaratustra se da cuenta de que en la multitud no encontrara nada, insiste en que no debe ser *pastor ni perro de un rebaño*. De nuevo aparece el componente fundamental del desprecio hacia la muchedumbre, que también lo desprecia a él y no lo comprende. El amor de Zaratustra hacia los hombres es diferente, no puede amar al pueblo. Y aun así requiere compañeros que absorban de su plenitud. El mensaje del Zaratustra no está hecho para las masas, la predica hacia el pueblo no es la manera de desbordar su exuberancia, por eso requiere compañeros vivos, *compañeros de viaje, que lo sigan porque quieren seguirse a sí mismos –e ir a donde él quiere ir* (Nietzsche, 2003, p. 47).

De esta manera la filosofía de Nietzsche se desmarca de cualquier intención de convencimiento. Lo que aquí se plantea es una forma de transmitir el pensamiento, una

manera de entender la filosofía totalmente absuelta de pretensiones. Cuando Zaratustra expresa que *no debe ser ni pastor ni sepulturero, y ni siquiera debe volver a hablar con el pueblo nunca; por última vez ha hablado a un muerto*, denota la nula intención de dirigirse a la muchedumbre. Siendo este el caso, ¿a quién se dirige Zaratustra? 0(Nietzsche, 2003, p. 47).

Como hemos venido diciendo, busca compañeros vivos, estos son creadores, que como también ya se planteó, son solitarios o por lo menos están alejados de las convenciones del rebaño. Creadores que creen su propia tabla de valores. Estos son los compañeros que busca Zaratustra, su filosofía es una invitación a seguirlo, pero seguirlo es seguirse, ir en busca de sí mismo a través de ese camino que Zaratustra nos intenta mostrar constantemente. Este es su amor al hombre, este es el regalo que ha venido a darle, el resultado de su plenitud:

La sabiduría de Zaratustra es fruto de la soledad y se dirige a los solitarios; no está destinada a transformarse en una secta en la que muchos compartan sus enseñanzas. El cumplimiento de ella en el mundo camina por caminos diferentes a los de una religión o una ciencia, no depende del asentimiento que le den otros, no busca consensos ni conversiones. (Carrasco, 2002, p. 89).

De esta manea adquiere un mayor sentido una de las frases más importantes de todo el *Prólogo*, que es la que Zaratustra dedica al sol: “¡*Tu gran astro! ¡Qué sería de tu felicidad si no tuvieras a aquellos a quienes iluminas!*” (Nietzsche, 2003, p. 33). Si tenemos en cuenta que el sol es un símbolo de Zaratustra, caemos en cuenta que Nietzsche expresa aquí como su plenitud no es total si llega hasta el hombre, esta plenitud como la del sol, debe iluminar lo que se cruce en su camino, aunque muchos queden ciegos al ver la luz y realmente muy pocos vislumbren lo verdaderamente importante.

Hasta este momento se ha venido planteando una lectura de la manera en que concibe Nietzsche la filosofía y el papel del filósofo con los hombres. Todo esto como resultado de un análisis profundo de las categorías de soledad y creación en la obra *Así hablo Zaratustra*. Sin embargo, aún faltan algunos detalles por matizar. Sabemos ya que Zaratustra busca compañeros, busca realizarse con los hombres, pues su plenitud se lo exige, aun vale la pena preguntarse por la manera en que se da esa relación con los hombres, por la forma en que el sol ilumina las cosas, hay que ahondar más en el regalo que trae Zaratustra a los hombres.

Para dar cuenta de esto será fundamental recurrir al pasaje llamado *De la virtud que hace regalos*.

3.3: EL REGALO DE ZARATUSTRA.

De la virtud que hace regalos, es el apartado final de la primera parte de la obra, en él nos encontramos ante un Zaratustra que ha vuelto a recorrer el mundo y en su camino, ha encontrado diversos discípulos. Sin embargo ha llegado el momento de dejarlos y retirarse de nuevo a su soledad. Sus discípulos le obsequian “un bastón en cuyo puño de oro se enroscaba en torno al sol una serpiente” (Nietzsche, 2003, p. 122). Tanto la figura del bastón de oro como el título del apartado “una virtud que hace regalos”, hacen referencia a la abundancia y la consecuente generosidad de Zaratustra tras su retiro a las montañas.

Esta virtud que hace regalos no espera nada de aquello que da, se diferencia de la virtud del cristianismo porque en esta doctrina se busca la salvación, la virtud que se ejerce, siempre se ejerce en pro de ello. Desde esta plenitud Zaratustra da sin esperar nada a cambio, ni siquiera aspira a convencer: “Rara es la virtud más alta, e inútil, y resplandeciente, y suave en su brillo: una virtud que hace regalos es la virtud más alta”. (Nietzsche, 2003, p. 122). Al respecto de esta virtud Carrasco nos dice:

“Se es virtuoso de esta manera, porque simplemente se es de ese modo y no de otro, porque la acción benéfica es dispensación de un bien que se da, sin que nada se reciba a cambio. Nada se obtiene por ella, responde a un amor que no pone condiciones y que no depende de un resultado. El que posee esta virtud es él mismo una ofrenda, un regalo”. (Carrasco, 2002, p. 91).

Esta es la virtud que pretende Zaratustra para el hombre, su particular forma de amarlo. Este regalo como se ha venido insinuando, no es para todos, no es para el pueblo, no es para la muchedumbre: es para algunos cuantos hombres, algunos compañeros dignos de recibir este regalo. Las palabras con que describe Nietzsche esta forma de obrar, reafirman la rareza del regalo y la alta dignidad de quien merece recibirlo:

“Sólo en cuanto efigie de la virtud más alta llego el oro a ser el valor supremo. Semejante al oro resplandece la mirada del que hace regalos. Brillo de oro sella paz entre luna y sol.

[...] Esta es vuestra sed, el llegar a ser vosotros mismos ofrendas y regalos: y por ellos tenéis sed de acumular todas las riquezas en vuestra alma.

Insaciable anhela vuestra alma tesoros y joyas, porque vuestra virtud es insaciable en su voluntad de hacer regalos. (Nietzsche, 2003, pp. 123-124).

El camino de los creadores, el de los solitarios, está hecho para hombres que tengan la capacidad de crearse su propio Dios, hombres creadores de una tabla de valores. Estos hombres, buscadores del conocimiento y la sabiduría, traen consigo un regalo, Zaratustra trae consigo un regalo, este es, entre otras cosas, el súper hombre, el eterno retorno, los pensamientos que han sido el resultado de su soledad, pero especialmente, el regalo de Zaratustra es una invitación al camino a seguir para buscarse a sí mismo y ser dueño de sí mismo:

La sabiduría ahora es una luz que se expande desde la plenitud de un individuo creador, y ha adquirido un poder autónomo, al igual que la luz del sol. El saber se logra sin necesidad de discípulos o seguidores, sin necesidad de convencer a nadie, y por vías misteriosas y secretas que sólo el propio pensamiento y la experiencia de la necesidad son capaces de descubrir. (Carrasco, 2003, p. 91).

Es por eso que Zaratustra hace expresa su necesidad de separarse de nuevo de sus discípulos, por eso retorna a la soledad, y de alguna manera, se condena a sí mismo a este “*eterno retorno*”, entre la soledad y los hombres. Da unos últimos consejos a sus discípulos y entre ellos uno resalta en virtud de la intención filosófica que contiene:

“En verdad, éste es mi consejo: ¡Alejaos de mí y guardaos de Zaratustra! Y aún mejor: ¡avergonzaos de él! Tal vez os ha engañado.

El hombre de conocimiento no solo tiene que poder amar a sus enemigos, tiene que también poder odiar a sus amigos”. (Nietzsche, 2003, p. 126).

En este consejo Nietzsche expresa su nula intención de convencimiento y además menciona una bella dualidad: la del amor por los enemigos, el amor que tiene Zaratustra por el hombre a pesar de su enfermedad, y el odio por los amigos, porque al fin y al cabo es el camino de sí mismo el que debe seguir el hombre de conocimiento. Zaratustra es un maestro pero el discípulo honra a su maestro cuando logra abandonarlo y halla su propia senda. Por eso dice

Zaratustra a sus discípulos: “Ahora os ordeno que me perdáis a mí y que os encontréis a vosotros”. (Nietzsche, 2003, p. 126).

De esta manera se ha evidenciado una lectura de la que podría ser la concepción de filosofía de Nietzsche, por supuesto el tema se presta para muchos más matices y comentarios. Lo que queda claro es que Nietzsche de nuevo se desmarca del común de la historia del pensamiento, cuya ejemplar sistematicidad busca siempre dar argumentos que logren el convencimiento general. Nietzsche se parece más al oráculo griego, que deja un profundo mensaje a través de medios misteriosos, un mensaje que muy pocos oídos llegan a escuchar, que no se descifra hasta que la vida misma lo resuelve.

Zaratustra es el mensajero, quien anuncia al súper hombre, a pesar de ser un creador, aspira y motiva a que lo superen, a que se hagan cosas más grandes que las que él mismo ha hecho. La belleza de esta concepción de la filosofía salta a la vista, y adquiere un mayor sentido la necesidad poética de Nietzsche para expresar sus ideas. De nuevo la intención de Nietzsche de reafirmar la vida en todas sus facetas se refleja: del desprecio por el hombre nace la huida a las montañas, del amor por el hombre nace el retorno al mismo.

Ahora bien, después de haber desarrollado la anterior lectura, es momento de retomar toda la argumentación que se ha venido presentando, para posteriormente, extraer las conclusiones que esta investigación ha dejado.

IV. CONCLUSIONES.

La intención inicial del trabajo fue analizar la soledad como condición del filósofo en *Así habló Zaratustra*. Esta pregunta surge desde una intención de analizar la concepción del filósofo y por supuesto de la filosofía desde la obra de Nietzsche. Para llevar a cabo esto era necesario recurrir a tres momentos: el primero en el que se intentó mostrar las características de la soledad como parte fundamental de la actitud filosófica en *Así Habló Zaratustra*. El segundo en el que la intención era analizar la manera en que Nietzsche presenta la soledad como condición de la creación y la reflexión. Y finalmente un tercer momento en el que la pregunta se desviaba hacia una descripción del papel o rol del filósofo con los hombres.

Así es como en el primer capítulo se hizo un recuento de distintos autores y su concepción de la soledad, para así resaltar el enfoque de Nietzsche, que se orienta hacia la relación fundamental entre creación y soledad. También se hizo explícito que la soledad tiene tres maneras de manifestarse en la obra de Nietzsche, y que estas son como una opción, un modo de vida y finalmente, en el caso del filósofo, como necesidad. De acuerdo con esto se dijo que la necesidad del filósofo de soledad, se da porque el hombre que busca el conocimiento no puede estar de acuerdo con lo establecido y lo impuesto, el hombre que busca la sabiduría debe buscarla en sí mismo y para esto siempre será necesario recurrir a un distanciamiento del rebaño. Por eso mismo se destacó que la soledad hace parte fundamental de una actitud filosófica, la cual está en contra de la mediocridad de la muchedumbre.

En el segundo capítulo se hizo explícita la soledad desde su relación con la creación, para ello se recurrió a la lectura de distintos pasajes de *Así habló Zaratustra* en los que Nietzsche establece esta correspondencia. Después de haber evidenciado esta relación, se pasó a exponer la categoría de la creación desde su aspecto ético, para lo que fue necesario exponer algunos planteamientos del pensamiento de Nietzsche, como la muerte de Dios, el nihilismo y la transvaloración de los valores. De todo esto se infiere que la soledad tiene un requerimiento más profundo que el simple apartamiento del hastío que produce la mediocridad de lo común. La finalidad de la soledad debe ser la creación, especialmente la creación de valores, que permitan al hombre medir al mundo desde su propia mirada, desde su propio criterio.

En el tercer capítulo de acuerdo con la propuesta de que la creación era la finalidad de la soledad y de que todo esto incumbe al filósofo en cuanto este debe crear su propia tabla de valores, se planteó una pregunta por el rol del filósofo con los hombres, ya que a pesar de que

Zaratustra busca la soledad, en determinado momento decide bajar de las montañas. Se dijo que esto sucede por una plenitud comparable a la del sol, que se desborda y debe llegar a otros por su exuberancia. Sin embargo Zaratustra se encuentra con que los hombres no están preparados para su mensaje, aprende que la predica no es el medio para expresarse, que no necesita convencer a nadie. Se llega a la conclusión de que el papel del filósofo es el de ofrecer un regalo a los hombres, ese regalo es la invitación a que se conozcan a sí mismos, la invitación a que creen. Esto va en contra de lecturas tradicionales de Nietzsche, en las que se lo ve como a un solipsista. Para Nietzsche la soledad es una herramienta, un modo de vida que le permite acercarse al conocimiento, cultivar su espíritu y su sabiduría, Zaratustra escapa del rebaño porque dentro de este no es posible la sabiduría, el rebaño es mediocre, carece de alma propia, de corazón, es por ello que Zaratustra nos pregunta: “¿Quieres marchar, hermano mío, a la soledad? ¿Quieres buscar el camino que te lleva a ti mismo?”(Nietzsche, 2003, p. 105), porque la soledad no es una finalidad en sí misma, es un medio a través del cual encontrarse, a través del cual crear. El hombre finalmente no se completa si no es con el hombre, pero esta relación con la alteridad, este amor por el prójimo, dista mucho las tradicionales de relacionarse, es un amor que nace desde la abundancia, desde la sabiduría que reboza y que busca como el sol, iluminar todo lo que se encuentre a su paso.

Después de este breve recuento es momento de extrapolar las conclusiones respectivas. Estas son diversas debido a que a pesar de que existe un hilo argumentativo definido, para explicar a Nietzsche muchas veces es necesario recurrir a varios planteamientos de su filosofía. Sin embargo se intentaran sintetizar las conclusiones más valiosas.

En primer lugar, la soledad es un componente fundamental en la obra de Nietzsche, pues sus matices no se agotan en el apartamiento por la simple necesidad de alejarse de lo común. A pesar de la repugnancia que produce a Nietzsche todo lo mediocre, el principal motivo para escapar a la soledad es que esta permite alejarse de lo impuesto, y esto en últimas faculta para crear. Ahora bien, la principal preocupación de Nietzsche respecto de la creación es desde su aspecto ético. Nietzsche se profundamente porque el hombre sea libre y forje su propia individualidad, esto no va a suceder hasta que no sea capaz de tener un criterio propio y una manera propia de valorar. Pero este apartamiento no puede ser permanente. La vida del hombre adquiere sentido con el hombre y es así como se pasa a la segunda conclusión.

Nietzsche simboliza el papel del filósofo y su concepción de la filosofía a partir de la figura de Zaratustra yendo a las montañas y descendiendo de ellas. Cuando Zaratustra busca la soledad lo hace porque tiene sed de conocimiento, busca la sabiduría y por ello se aparta. Sin embargo, también desciende de las montañas, porque esta sabiduría no se ve satisfecha si no es expresada, si no es dada en forma de regalo. La filosofía es un regalo que se debate entre su amor y odio a los hombres.

Ahora bien, este regalo a los hombres, como se ha manifestado, no está dirigido a las multitudes. Solo algunos hombres capaces de descifrar el mensaje podrán seguirse a sí mismos y buscar el camino del conocimiento, solo para los creadores y los solitarios está hecho este mensaje, por eso Zaratustra no es un predicador, porque su mensaje no es un pregón que el pueblo ha de escuchar, es un enigma que algunos hombres deben vivir y resolver.

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía primaria:

- Nietzsche, F. (2003). *Así habló Zaratustra: un libro para todos y para nadie*. Madrid: Alianza Editorial.
- Nietzsche, F. (2002). *El crepúsculo de los ídolos o como se filosofa a martillazos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Nietzsche, F. (1959). *Ecce homo. Cómo se llega ser lo que es*. México D.F: Editorial Aguilar S.A.
- Nietzsche, F. (1975). *Más allá del bien y del mal. Preludio de una filosofía del futuro*. Madrid, Alianza Editorial.
- Nietzsche, F. (2010). *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida (II Intempestiva)*. Madrid: Biblioteca nueva.
- Nietzsche, F. (2000). *Schopenhauer como educador (III Intempestiva)*. Madrid: Biblioteca nueva.
- Nietzsche, F. (2007). *El anticristo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Carrasco, E. (2002). *Para leer Así habló Zaratustra de Friedrich Nietzsche*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Bibliografía secundaria:

- Ansell, K. (2006). *A companion to Nietzsche*. Londres. Blackwell Publishing.
- Colli, G. (1983). *Introducción a Nietzsche*. México D.F: Folios ediciones.
- Gilman, S. (1973) Brauner Nacht: Poemas venecianos de Friedrich Nietzsche. Madrid: Revista de occidente N^o 125. Madrid.
- Heidegger, M. (2010). *Caminos de Bosque*. Madrid: Alianza Editorial.
- Lerio, D. (2007). *Reseña bibliográfica: Dialogo con Nietzsche. Ensayos 1961-2000*. México D.F: Revista Diánoia N^o 58.
- Sanchez, A. (1973). *Problemas de El Anticristo de Friedrich Nietzsche*. Madrid: Revista de occidente N^o 125.
- Santiesteban, L. (2009). *Heidegger y Vattimo: intérpretes de Nietzsche*. México D.F: Revista Diánoia N^o 63.
- Schopenhauer, A. (1982). *Sobre la voluntad en la naturaleza*. Madrid: Alianza.

Sobejano, G. (1973) *Sobre la recuperación de Nietzsche*. Madrid: Revista de occidente N^o 125.

Trotignon, P. (1973). *Circulus vitiosus: deus-circulus: vitiosus deus*. Madrid: Revista de occidente N^o 125.

Vásquez, A. (2007) *De la voluntad de poder a la voluntad de ficción como postulado epistemológico*. Bogotá: Revista Nómadas. N^o 37.

Vattimo, G. (1992). *Más allá del sujeto. Nietzsche, Heidegger y la hermenéutica*. Barcelona: Editorial Paidós.

Wein, H. (1973). *Nietzsche sin Zarathustra*. Madrid: Revista de occidente N^o 125.